





Spotter

Publicado por:

Nova Casa Editorial

www.novacasaeditorial.com

info@novacasaeditorial.com

© 2015, **Marian Herrera**

© 2016, de esta edición: Nova Casa Editorial

Editor

Joan Adell i Lavé

Coordinación

Maite Molina

Portada

Vasco Lopes

Maquetación

María Alejandra Domínguez

Impresión

QP Print

Revisión

Mario Morenza

Primera edición: Diciembre 2016

Depósito Legal: B 25994 - 2016

ISBN: 978-84-16942-01-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917021970/932720447).

Spotter

Marian Herrera



Nova Casa Editorial



indice

I	<i>Madeline</i>	9
II		19
III		37
IV		53
V	<i>Maximilian</i>	85
VI	<i>Madeline</i>	91
VII	<i>Maximilian</i>	107
VIII	<i>Madeline</i>	113
IX	<i>Maximilian</i>	137
X	<i>Madeline</i>	139
XI		167
XII	<i>Maximilian</i>	201
XIII	<i>Madeline</i>	209
XIV		245
XV		279
XVI		301
XVII		343
XVIII		379
Epilogo		
	<i>Maximilian</i>	431







Madeline

—¿Por qué traes esa cara? —me pregunta mi amiga Elizabeth, frunciendo sus delgadas cejas.

—La profesora de Francés me ha puesto un 8 en el examen oral —tiro los libros sobre la mesa, me siento frente a Liz, cubro mi rostro con las manos y me compadezco de mí misma en silencio.

—¿Cuál es el problema? A mí me parece bien. Si yo me sacara eso, mis padres me pagarían un viaje de ida y vuelta a Italia.

—¡Me ha puesto un 8! ¡Un 8! ¡Nunca había sacado menos de 9 en mi vida! —respondo sin verla a los ojos. Gimo—: Me quiero morir.

Siempre he sido buena en las clases, bueno, puedo presumir de ser una de las mejores. Me encuentro en mi último año en este bendito colegio y no puedo más con las ganas de salir de él. Los profesores son buenos en su mayoría, saco calificaciones aceptables —por no decir excelentes—, la estructura es pequeña, me gusta mucho y me siento como en mi segunda casa aquí. No es personal el querer irme, solamente estoy cansada de lo mismo.

Y...

...es un colegio solo para chicas.

Estamos en un receso de diez minutos y nos encontramos ubicadas en la cafetería. Escucho una silla moverse a mi lado y tiran más libros en la mesa.

—¿Qué le pasa? —reconozco la voz de mi otra amiga, Mariela.

—Está mal porque se ha sacado un 8 en Francés —responde aún tranquila Elizabeth, con la vista pegada en su móvil.

—¿Es en serio? —se oye indignada la recién llegada, bueno, lo máximo que su dulce voz le permite—. ¡Si yo me saco eso, mis padres me llevan a Europa!

—Es lo que yo digo... —murmura Liz.

Levanto la cabeza y las miro de hito en hito con los ojos entrecerrados.

—Puede que ustedes estén acostumbradas a sacarse eso, pero yo no —me vuelvo a cubrir con mis palmas.

—Eres una exagerada —acusa Mari.

—¡Ey, locas! ¿Qué hacen? —llega a mis oídos la voz de la única que faltaba: Felicia.

Se sienta junto a Elizabeth. Frente a ellas estamos Mariela y yo.

Felicia es una chica energética, de estatura normal y con una melena preciosa de color azabache que le llega hasta los hombros, pero que siempre mantiene sujeta en la coleta reglamentaria. Es la más «honesta» del grupo; no teme guardarse ningún comentario ni opinión con los demás. A veces es bueno, pero la mayoría del tiempo exaspera que te digan tus errores sin miramientos. No sobra decir que le agrada un buen chisme y más aún si la información es de calidad.

Mariela es la segunda, con un pelo liso también —un poco más claro que el de Felicia—, ojos color miel y tez blanca. Su rostro de niña la hace parecer tranquila e inocente, con pómulos suaves y mejillas sonrosadas, es preciosa sin lugar a dudas. La verdad es que no es de meterse en problemas pero, si te metes con ella, se le sale el diablo. Lo digo en serio, aunque eso no pasa

seguido. Hay que admitir que su bondad la vuelve frágil y la tenemos algo protegida.

De Elizabeth se puede decir mucho: su mirada es profunda y oscura, tiene una cabellera lisa color caoba y un cuerpo por el que yo mataría. Es alocada, extremadamente agresiva si la llegas a ofender y una pervertida en potencia; le gustan mucho los chicos y el sexo y habla de ellos con normalidad. Pero que eso no los engañe, siempre se ha dado a respetar con los hombres y eso es de admirar. ¡Claro!, que cuando algún chico le gusta se vuelve coqueta como lo haría *cualquiera* de nosotras.

Lizzie es la más... ¿extrovertida? Métete con ella y te quedas sin mano.

¿Yo? Bueno, mi nombre es Madeline y, típicamente, soy la estudiosa. La nerd a la que casi no le gusta salir, mantiene un promedio altísimo y evade los problemas. No soporto estar con personas tristes o de mal humor, hago cualquier estupidez con tal de escuchar algunas carcajadas. Me fascina que las personas a mi alrededor estén con una sonrisa. Y cuando no estamos en el colegio me vuelvo yo misma: alocada pero recatada a la vez.

Digamos que sé en cuáles momentos puedo parecer recién sacada de la jungla y en cuáles debo comportarme como la gente.

Felicia, Lizzie, Mari y yo, cuatro en total, amigas desde hace casi cinco años —nos conocimos en los cursos de verano de primer año— y aún no soportamos pasar mucho tiempo la una con la otra. Suena raro, pero si pasamos más de una hora juntas sin hacer alguna cosa entretenida o estar concentradas en algo, terminamos peleadas sin ningún motivo coherente. Nuestras personalidades son diferentes y hay momentos en los que chocan pero aun así, sin saber por qué, seguimos reuniéndonos y pasando tiempo juntas.

—Me he sacado un 8 en Francés y estoy tratando de morir de depresión, eso hago —contesto, aún con mi rostro cubierto por las manos—. Alguien máteme...

—Cállate, Maddie —regaña Lizzie con tono severo—, si te sigues quejando por el maldito 8 te tiraré a la fuente.

—¿Y tú qué haces, Mari? —pregunta Felicia a Mariela quien, creo, debe de estar con su móvil—, ¿con quién chateas tanto?

Este tema me hace olvidarme de mi «pena» por un minuto y levanto la cabeza, acomodándome mejor en la silla. Tengo a Felicia y a Elizabeth enfrente y a Mariela a mi lado. La cafetería está llena y el bullicio es agobiante, pero ya estamos acostumbradas.

A Mari se le dibuja una sonrisa bobalicona en el rostro.

—Con nadie —contesta guardando rápidamente el móvil.

—¡Oye, vamos! No puedes estar tan concentrada chateando si no es alguien importante. Somos tus amigas, cuéntanos. —Felicia apoya los codos en la mesa y se inclina hacia delante, expectante.

—Me da vergüenza, chicas —explica Mariela sin mirarnos—, no es algo de lo que me guste hablar.

—¡Por Dios! Si he escuchado a Lizzie cacarear sobre cómo saber el tamaño del miembro de un chico y no me he escandalizado, esto no tiene por qué hacerlo tampoco —digo, ganando carcajadas por parte de las otras.

Elizabeth frunce el ceño.

—¡Tú tampoco eres santa de mi devoción!

—¡Cállense ustedes dos! —regaña Felicia—. Te escuchamos, Mariela.

—Bien —suspira y se acomoda mejor en la silla—. Mi primo Alex me ha presentado a un amigo, Josh, hace como una semana. Es súper divertido y tierno y simpático y, por Dios, chicas, es muy lindo.



—¡Dios, Mari, qué bien guardado te lo tenías! —exclamo yo, sonriéndole.

Tal vez armemos mucho alboroto por algo que es normal en la adolescencia, pero es la primera vez que vemos a Mariela tan interesada en alguien y realmente nos importa.

—¡Tienes que presentarnos! —pide una emocionada Felicia casi brincando en su silla.

—Si es sexy, espero que tenga un hermano —masculla Lizzie y las tres la miramos con una ceja arqueada—. ¿Qué dije?

—Tú nunca cambias —niego divertida con la cabeza mientras suena el timbre que anuncia nuestra próxima clase—. Vámonos, no quiero llegar tarde a Inglés —me pongo de pie y recojo mis libros.

Las demás hacen lo mismo y caminamos todas hasta el aula. Yo voy adelante porque prácticamente estoy corriendo y ellas me siguen el paso atrás, más despreocupadas.

—Para mí que solo quiere llegar rápido para tomar un lugar cerca del escritorio del *teacher* —oigo la voz de Felicia atrás.

—¡Eh, que te he escuchado, bruja! —grito mientras sigo caminando y escucho las risas de mis amigas.

Entro como un torbellino al aula que va llenándose poco a poco. Me voy directamente al primer asiento de una fila cerca al escritorio del profesor, a diferencia de mis amigas quienes, como siempre, prefieren agruparse en la parte de atrás.

Suspiro con pesadez y en ese momento entra el maestro de Inglés sonriendo y dando los buenos días.

Esta es mi rutina diaria.



La semana se ha pasado rápido —en comparación con las demás— y hoy por fin es sábado. Hace poco menos de dos meses



entramos a nuestro último año de colegiatura y ya estoy desesperada por tener mi título en la mano y poder gritar «¡Sí, no más Francés!» en la cara de mi poco querida *professeure*.

Me encuentro acostada en mi cama con la cabeza colgando del borde y mis mechones rozando el suelo. ¿Causa? Aburrimiento. Las chicas deben de estar estudiando para los exámenes. Ya hicimos Literatura, Matemática y Francés, pero aún faltan cinco o seis más.

¿Por qué yo no hago lo mismo? Porque no lo necesito. No soy ninguna cerebrita ni tengo una súper memoria o algo así, es muy raro, algunos dicen que miento pero es la verdad: a mí me basta con prestar atención en clase para entender el tema. Si yo comprendo al profesor cuando lo explica, en el examen me acuerdo de los ejemplos que dio y con eso me guío, por ende, yo solo leo mis apuntes un par de horas antes del examen y me voy con eso.

Suspiro. Llega hasta mis oídos la canción que puse de tono de llamada y con mi mano palpo la superficie de la cama hasta encontrar mi celular. Descuelgo sin ver quién es y me lo llevo a la oreja, mirando el techo de la habitación.

—¿Hola? —respondo sin ganas.

—¡Me voy a tirar de un puente! ¡Me cortaré las venas con una cuchara! —me chillan del otro lado—. ¡No entiendo la Química! ¡No la entiendo!

Les apuesto a que si les entrara una llamadita así se asustarían, ¿eh? Por suerte, reconozco el tono de voz antes de llamar al FBI.

—Hola, Felicia, ¿cómo estás? Yo muy bien, gracias —mascullo con ironía.

—¡Tú cállate, maldita subnormal! No sé cómo demonios haces para no tener que estudiar. No entiendo un ápice y el examen es el lunes.

Me obligo a reprimir una carcajada y hablo en tono serio:

—Te dije que prestaras más atención a la profesora Cristina cuando explicaba lo de las moléculas... —repito como por décima vez.

Nunca me hacen caso. Al parecer, para ellas es más importante la banda del momento que la materia nueva que entrará en el examen. Y después se quejan de que no entienden a los profesores, cuando la culpa es solo de ellas.

—¡Ya sé! ¡Dios, no me lo repitas! ¿Qué culpa tengo yo de que sus clases sean tan aburridas?

—Te juro que no sé cómo has pasado hasta último año —respondo en un sincero suspiro.

—¡Cierra la boca, Madeline Cascadas! Eres una pésima amiga.

—¿Para esto me llamaste? ¿Para que te escuche lamentarte?

Definitivamente es increíble. ¿No me podían tocar amigas un poquito más normales?

—No, es que ya no aguantaba más y necesitaba una distracción. ¿Pero, sabes qué? Mejor me iré al centro comercial, ya que tú no ayudas.

—Excelente, Felicia. En lugar de seguir estudiando lo que no entiendes, vete de compras —respondo con todo el sarcasmo del mundo mientras aplaudo en mi cuarto silencioso—, sigue así.

—¡Jódete! —grita y me cuelga el teléfono.

Inmediatamente vuelve a sonar y lo contesto como la primera vez.

—Si me sigues llamando para quejarte, Felicia, mejor ahórrate la saliva.

—Eh, nena, deja la agresión.

Una voz tan amable no se confunde fácilmente, así como tampoco lo hacen los chillidos de Felicia.

—Hola, Mari. Lo siento, ya sabes cómo es de estresante nuestra amiga.

—Sí, lo sé —ríe.

—¿También quieres una cuchara para cortarte las venas?

—No, eso dejémoselo a ella. —Suelto una carcajada que resuena por toda mi habitación—. ¿Y qué haces?

—Me muero del aburrimiento, ¿tú?

—Igual o peor.

—¿No estás estudiando?

Es una gran estudiante. Me sorprende que no esté enfrascada en los libros de la prueba del lunes.

—No, la Química la llevo muy bien —responde con una pizca de orgullo y yo sonrío—. ¿Quieres ir al centro comercial?

—No, gracias... pero por allí debe de estar la loca de Felicia que no quiere estudiar.

Escucho su bufido y me la imagino negando con la cabeza pero con una sonrisa divertida en los labios. Aunque Felicia sea un ser estresante y regañón, la queremos.

—Bien, adiós amiga.

—No llores por mí —canturreo como despedida.

Desde pequeña mi madre me ha acostumbrado a no salir de casa, ya que ella es así. Nosotras preferimos estar muertas del aburrimiento a andar bailando de antro en antro. Preferimos un buen libro a salir a comprar ropa. Ver una película de comedia a ir a alguna fiesta. Podrían pensar que me aburro, pero no es así; si salgo más bien deseo que el tiempo pase rápido para volver a casa. Este es otro de los aspectos que me convierten en una anti-social según muchos, pero con mis tres amigas tengo suficiente equipaje.



Me levanto contenta y tranquila de mi asiento, con pluma en mano, y salgo del salón a respirar aire fresco. Tomo mi bolso y me voy hasta la cafetería a encontrarme con mis amigas, quienes salieron cual rayo se tratase a buscar sus libros para asegurarse de sus respuestas.

Luego de calmarlas durante diez minutos y alentarlas con que les irá bien en el examen, aunque no me hacen caso, suena el timbre y debemos marcharnos a la siguiente materia: Francés.

Camino desganada hasta el aula y, al llegar, tiro el bolso despreocupadamente en un pupitre de adelante. Me siento, con la barbilla apoyada en mi mano, y espero a la maestra.

Pasa al salón saludando y empezamos la tortura. Diez minutos después estoy concentrada realizando los ejercicios que nos mandó a hacer, cuando escucho que alguien se aclara la garganta. Mecánicamente todas alzamos la vista hacia la puerta y encontramos algo que me deja inmóvil y con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

Un chico con varias carpetas y papeles en sus manos. Hay un chico guapo en este colegio de mujeres. ¡Hay un chico en la puerta del aula! Es simplemente increíble. Esto nunca sucede. Los únicos hombres en el colegio son los maestros y, solo con verlo, te das cuenta de que no parece uno.

—*Excusez-moi, professeure*—pronuncia en un perfecto francés y más de una se derrite.

—Al fin apareces—la maestra, encantada, se levanta de un salto del escritorio, camina hasta él y con familiaridad le da un beso en la mejilla—. Vamos, déjame presentarte a las chicas—lo jala del brazo hasta adentrarlo y pararlo frente a todo el salón.

¿Y este quién es?







Capítulo II

Justo cuando lo va a presentar, la profesora es llamada por el altavoz a la oficina de la directora y se retira, dejándolo allí parado frente a todas. Él solo sonríe sin decir nada y examina el aula con la mirada. Mientras, yo lo escaneo sin disimulo. De todas maneras, las demás están haciendo lo mismo, susurrándose comentarios obscenos.

Es alto, aunque no sabría decir exactamente cuánto; tiene el cabello color castaño oscuro, con sus mechones mirando hacia diferentes direcciones, como si hubiese tirado de ellos varias veces; su pecho es amplio y se le marcan algunos músculos a través de la camisa; tiene ojos de color azul. *Vaya, debo admitir que no había visto nada igual.* No es algo muy común, por lo que no debe de ser de aquí.

Viste formal con una camisa de rayas delgadas azules y grises, unos pantalones negros con corte recto, mocasines igualmente negros y esa deslumbrante sonrisa que no se le quita del rostro. Con solo mirarlo te das cuenta de que las mujeres se deben lanzar a sus brazos y estoy casi segura de que es uno de esos que solo las usan para una noche.

Tal vez sea el hijo de mi amada profesora, ya que habla francés perfectamente, pero mi maestra no es muy guapa que digamos y sería imposible que semejante chico sea su pariente. Tendría que haberse ligado a Brad Pitt para que su belleza cubra la carencia de la de ella y saliera alguien tan apuesto.

No, esta teoría no me sirve. ¿Estudiante de intercambio? *Por Dios, ¿de intercambio a un colegio solo de mujeres?* No, debo pensar en otra cosa. Lo miro con el ceño fruncido tratando de deducir quién es. Su mirada baja hasta mí y me sonrío. Yo lo observo impasible y él inmediatamente mira hacia otro lado con un poco de incomodidad. ¿Un nuevo maestro, tal vez? No creo, se ve muy joven, tal vez 20 o 21 años. *Dios, ¿quién es él?*

Por fin llega la maestra pidiendo disculpas pero justificándose con que ha tenido que hablar con la directora. Se detiene al lado del joven y, muy sonriente, anuncia en español para la comprensión de todas:

—Señoritas, él es un practicante de la UTI. Se quedará con nosotras por un tiempo a observar la clase. Sean amables con él. —Luego lo mira, sonriendo ampliamente con sus dientes algo amarillentos—: ¿Te quieres presentar?

¡A mí no me engañan, le gusta el tipo este! Nada más hay que verla cómo lo mira, le sonrío, y cómo mueve las caderas exageradamente. ¡Ella tiene como 50 años!

Las chicas están inclinadas hacia el frente, casi babeándose. Yo niego con la cabeza; qué decepción. Fémimas con hiperactividad hormonal, eso es lo que son. El joven asiente y da un paso hacia delante, se aclara la garganta y comienza:

—Buenos días, señoritas. Mi nombre es Maximilian Kersey, tengo 23 años y soy estudiante de la UTI —su tono de voz es grave y, debo de admitir, placentero de escuchar—. Este año me graduaré y pienso trabajar como profesor de francés, por lo que me enviaron a observar cómo imparte la clase su profesora y cómo maneja a las alumnas. Espero que nos llevemos bien. Yo me sentaré en algún lugar donde pueda pasar desapercibido, ustedes solo actúen con normalidad. —Sonríe arrebatadoramente y puedo jurar que escuché un suspiro.

—Muy bien, Max, puedes tomar asiento cerca de mi escritorio —mi socarrona maestra mueve las pestañas como si tuviera algo en los ojos, y yo me tapo la boca con la mano para que no me oigan reír.

El chico sonrío y, de repente, se pone justo frente a mí. Está parado mirándome con una ceja arqueada. *¿Qué quiere?* Lo miro hacia arriba ya que estoy sentada.

—¿Podrías moverte? —pide con tono un poco burlón.

—Madeline, muévete para que él se pueda sentar —interviene la profesora—, lo necesito a mi lado.

Bufo en mi interior y de mala gana me levanto. No me lo puedo creer. Recojo mi cuaderno y mi bolso y, luego de dirigirle una mirada mortífera al chico —que tiene una sonrisa ahora de triunfo—, me siento en una esquina del salón ya que solo ese pupitre queda desocupado.

¿Qué pasó con lo de «actúen normalmente»? ¿Qué pasó con lo de pasar desapercibido? Está sentado casi tocando el pizarrón, ¡eso no es pasar desapercibido!

Me parece una persona tremendamente inmadura para tener 23 años y estar a punto de graduarse. Definitivamente con un profesor como ese, me tiro de la segunda planta del colegio.

Cuando tocan el timbre minutos después, recojo mis cosas y salgo con el ceño fruncido hacia la cafetería. Tiro los libros en la mesa de siempre y me escondo cubriéndome con mis brazos.

Esa ha sido la peor clase de todas.

—¡Pero de qué buen humor estamos hoy! —es la voz de Felicia. Escucho cómo tira de la silla y se sienta—: ¿Bieber al fin se declaró homosexual?

—No estoy de humor y —gruño—, como no te calles y sigas con estupideces, te clavaré mi pluma en la mano.

—¡Chica, deja la agresión, ya te lo hemos dicho! —ríe y niega divertida—. ¿Qué pasa ahora?

—¿Qué pasa? ¡He pasado las peores dos lecciones de toda mi vida! —exclamo—. Las estúpidas de Alexa y Roxana han estado hablando de Ed Sheeran y no me han dejado escuchar la explicación del nuevo tiempo verbal. La profesora me regañó por supuestamente estar conversando cuando fueron ellas y, para completar, me ha sonado el celular en clase y me han mandado una boleta de -5 puntos.

—Vaya, la verdad es que hoy no ha sido tu día. —Felicia me mira con comprensión por primera vez, pero ahora eso no me sirve de nada.

—Todo gracias a la llegada del hombre ese. Como la vieja está encaprichada con él, hará todo lo que le pide.

—¡Amigas bellas de mi corazón! —saluda una alegre Mariela sentándose con nosotras—. ¿Qué hacen?

—Aquí, con Maddie versión Chucky que está despotricando contra la profesora y su pupilo —responde Felicia divertida y Mari suelta una carcajada.

Un torbellino con falda color marrón pasa de golpe por la puerta de la cafetería y corre hasta nosotras.

—¡Chicas, chicas, chicas! —Elizabeth tira su bolso en la mesa y nos mira con los ojos muy abiertos—. ¿Vieron al estudiante de la universidad? ¡Ese chico es un verdadero bombón!

—Verdadero cretino —mascullo de mal humor—. ¡Me ha echado de mi asiento!

—Es cierto, ¿vieron sus ojos? Eran alucinantes —comenta Felicia, ignorando mi actitud.

¿A alguien le importa lo que la pobre Maddie sienta? ¿Lo que piense? No.

—¡Jesús, sí! ¡Y saber que vamos a pasar las clases con ese pedazo de hombre! —Lizzie está casi saltado.

—No quiero tener que soportarlo, ¿por qué no se larga? —espeto—. Puede hacer prácticas en cualquier otro lado.

—Yo estoy con Maddie —se escucha la suave voz de Mariela, sacándome una sonrisa—; creo que es muy presumido.

—¡Al fin alguien que controla sus hormonas!

Casi siempre tenemos la misma opinión y pensamiento sobre todo, por lo que la considero la más cercana a mí de las tres, aunque la diferencia es mínima y las amo a todas.

—Pues tendrás que aprender a soportarlo, Madeline Cascadas —Felicía me mira con suspicacia—, porque estará con nosotros por no poco tiempo.

Resoplo.

—Ese tipo está en mi lista negra pero, mientras no se meta conmigo, todo estará bien.

«Pero vamoouooooos»

«¡Ya dije que no! ¡Mañana hay clases!»

«No seas tan aburrida Maddie!!! Dale vente!»

«Pásenla bien ustedes, yo no. Mañana me darán la razón...»

«Como quieras ya no suplico más, me cansé. Disfruta tu soledad. AMARGADA»

Leo el último mensaje de texto y tiro el celular a mi lado. Estoy sentada en la cama con mis lentes de lectura puestos mientras sostengo entre mis manos un libro que me regaló mi padrastro. Mi plácida lectura ha sido interrumpida más de nueve veces por la llegada de mensajes y llamadas de mis insistentes amigas.

Primero me llamó Elizabeth quien me propinó varios gritos, pero al final no consiguió hacerme salir de mi cama. Luego llamó Mariela —a la que no sé cómo convencieron para asistir ya que ella no es de salir si al día siguiente hay clases— y por ella casi acepto, pero me mantuve firme. Y de última, Felicia y sus mensajes de texto, que me resultaron más insoportables que una llamada.

Es miércoles por la noche y hemos finalizado las pruebas. Las tres están en este momento en una gran fiesta en casa de una de nuestras compañeras, Alexa, cuyos padres salieron a cenar repentinamente. La noticia corrió más rápido que pólvora en el colegio y en menos de una hora ya todas estaban informadas. Son las nueve de la noche y creo que soy la única que no asistió. No me apetece, mañana tenemos instituto y, para poner el asunto más interesante, Gimnasia.

Solamente de imaginar las condiciones en las que llegarán mañana ya me parto de la risa.

Tampoco quiero ir porque me contaron que se colaron los alumnos del liceo Monteur y no me agradan para nada. Primero, porque los hombres te dicen piropos vulgares e intentan tener sexo contigo a toda costa. Son asquerosos. El segundo motivo es que las chicas de mi colegio y las del Monteur no nos llevamos muy bien, por no decir que nos detestamos a muerte.

Espero que no ocurra nada malo en esa fiestecita. Nosotras en el colegio siempre tenemos nuestros pleitos y nos insultamos a veces, pero nunca pasa de eso. En cambio, esas chicas son capaces de romperte todos los dientes y enviarte derecho al hospital.

Luego de apagar mi teléfono para evitar más interrupciones, vuelvo mi mirada al libro y disfruto del resto de mi tranquila noche.



—¡Hola, chicas, me alegro de verlas! ¡Qué lindo día! —saludo exageradamente fuerte mientras me siento con ellas.

Ya saben, lo típico: la misma mesa de la cafetería antes de entrar a la primera clase. Creo que ya todas saben que no se deben sentar en nuestro lugar.

—¿Puedes callar tu puta boca, Madeline? ¡La cabeza me está matando! —me gruñe Elizabeth.

Sonrío.

Lo he hecho a propósito, ya que me causa muchísima gracia. Liz se está masajeando la frente con sus dedos índice y corazón con los ojos cerrados; Mariela está prácticamente acostada en la mesa, con la boca abierta mientras se babea, puedo jurar que se encuentra dormida; y Felicia, por Dios, Felicia tiene el cabello hecho una maraña, bolsas moradas debajo de los ojos, el uniforme desordenado y... eso... ¿eso es...? ¿Eso es un moco? ¡Tiene un moco verde entre la nariz y el labio superior!

—Y después se preguntan por qué no tienen novio —me burlo y consigo que Lizzie me tire un libro en la cara—. ¡Eso me ha dolido!

—Me alegro —masculla ella, volviendo a frotarse la sien.

—Yo se los dije, les dije que hoy habían clases —me cruzo de brazos y sonrío—, la próxima tal vez me hagan caso.

—¡Cierra la boca! ¡Me va a explotar el cráneo! —grita Elizabeth nuevamente y yo río bajito—. Me he venido de la fiesta a las 4:30 de la mañana. ¡Compasión, por favor!

—Yo vine directo de allá. No he dormido nada y no me pude bañar ni cambiar —murmura Felicia, mientras se empieza a quedar dormida sentada en la silla con los brazos cruzados.

Por eso su aspecto de zombi.



Miro a mi alrededor y casi todas las alumnas del instituto están como Mariela: acostadas en la mesa y roncando. Algunas están hasta recostadas en el suelo encima de otras. *Por Dios, esto merece una foto.* Las puertas de la cafetería se abren de repente y entra el chico del lunes, el de la clase de Francés. El que es muy guapo, ¿ya recuerdan?

Camina y observa a las estudiantes dormidas, primero con el ceño fruncido, pero luego ríe y niega divertido con la cabeza mientras avanza. Yo lo miro despectivamente desde mi lugar y, mientras pasa a mi lado, le oigo murmurar «La típica aburrida».

Suena el timbre para la entrada a clases y me levanto con mis cosas. Mis amigas ni se inmutan al igual que las demás chicas.

—¿No piensan ir a Historia?

—¡Lárgate! —gruñen Felicia y Elizabeth al mismo tiempo.

Me río de buena gana.

—Más tarde las llamaré para que me cuenten sobre la fiesta, se nota que estuvo buena. —Les dedico mi mejor sonrisa y me voy tarareando a clase.

En las primeras seis lecciones los salones parecen desiertos: solo tres o cuatro alumnas asisten. En la séptima y octava lección, donde recibimos Biología, por fin aparece más de la mitad del aula. Ya en la hora de Gimnasia están todas mis treinta compañeras de grupo, pero no podrían estar peor.

Se encuentran de pie y con el uniforme puesto, pero parecen zombis; les hablas y solo balbucean algo rarísimo, se balancean de un lado a otro con los ojos cerrados y tienen un aspecto deplorable. Yo, mientras, estiro los brazos y piernas y luego troto en mi lugar hasta que llega el profesor.

Es un hombre extremadamente grande. Parece de esos típicos mastodontes que cuidan las entradas a los antros solo que más gritón e irritable. Siempre está vestido con una camisa blanca, gorra roja y pantaloncillos cortos negros con un par de tenis.

—Diez vueltas al gimnasio, ¡ahora! —grita sin más y toca el silbato.

Salgo como un rayo y comienzo a correr. Cuando voy por la segunda vuelta me vuelvo hacia atrás y no veo a nadie. Miro hacia donde estaban las chicas antes y siguen ahí, tiradas unas sobre otras durmiendo en el suelo mientras el entrenador les grita endemoniado, pero ellas ni lo escuchan. Yo río y sigo corriendo pero con menos intensidad, total, nadie me está siguiendo.

Este año de verdad promete.

—¡Me estás jodiendo! —chillo entre risas al otro lado del teléfono—. ¡No puedo creer que me lo haya perdido!

—¡Así como lo oyes! Felicia y yo no podíamos con la risa. Todos en la fiesta también estuvieron muy atentos a la escena.

—¡Dios, si eso ha sido fantástico! —con mi puño golpeo la almohada que tengo al lado mientras río—. ¡Pagaría por haberlo visto!

—Y, después de que le dijo que era una peli-teñida-hueca-sin-neuronas-con-olor-a-vagabundo-alcohólico, le guiñó un ojo a la cita de ella que tenía una cara de póker que no te imaginas. La estúpida la miró como queriendo asesinarla allí mismo, pero Lizzie solo se dio la vuelta y siguió bailando.

Mariela me está contando las aventuras/estupideces que hicieron durante la fiesta de ayer en la noche.

—Jesús, Mari, si las del Monteur nos odiaban antes ahora nos deben querer castrar.

—Poco me importa, esa se lo tenía bien merecido por criticarnos. Tú bien lo sabes: cuando se meten con algo que le

importa a Lizzie, se le sale lo arpa, y ella no es de las que se quedan con las ganas de decir algo.

—Es cierto..., qué bien que la haya dejado calladita —sonríó—. ¿Y cómo te van las cosas con el chico ese?

—¡Ay, Maddie, no te imaginas! —la oigo suspirar dramáticamente—. Cuando pienso que ha llegado al límite de ternura, se sobrepasa a sí mismo. Es atento, caballeroso, simpático, dulce, guapísimo, atlético, detallista...

—¿Te estás enamorando?

—No lo sé, la verdad es que nunca me había sentido así con nadie. ¿Así se siente el amor, Mad?

Amor es la palabra con la que se excusa una persona cuando se vuelve distraída, sensible, volátil e idiota. No creo en nada de ello. Lo irónico es que amo las novelas románticas, pero solo porque me entretienen y me alejan de la realidad un rato. Las cosas escritas no pasan, realmente.

—Sabes que yo no creo en esas tonterías, pero si tú lo sientes, bien por ti.

—¿Sabes? A veces me pregunto por qué somos amigas. Todas somos diferentes y nos pasamos discutiendo la mitad del tiempo.

—Eso yo tampoco lo sé —sonrió con ternura al pensar los momentos tan divertidos que pasamos juntas—, pero las quiero así, totalmente locas, pero las quiero.

Ella ríe.

—Bueno, te dejo. Nos vemos mañana.

—Sabrá Dios qué nueva sorpresa nos llevaremos mañana.



Al día siguiente, viernes al fin, me levanto y me ducho. Cuando salgo envuelta en una toalla escucho que me llega un mensaje.

De: Felicia.

Recuerda que hoy podemos ir con ropa normal, es viernes. ;) Xoxo

Sonríó mientras lo leo. Qué bien que me avisó, siempre lo olvido y lo sabe.

Todos los viernes podemos ir al colegio con ropa normal en vez del horrible-espantoso-simple-sin-pizca-de-gracia uniforme. Este consiste en una falda color marrón oscuro que llega debajo de la rodilla, camisa de botones beige, zapatos negros, medias blancas y tenemos que ir peinadas con una coleta alta —flequillo opcional. Además de absolutamente nada de maquillaje ni pulseras o collares y argollas solo de color plateado, blanco o negro. De verdad es un martirio vestirse y peinarse igual de lunes a jueves, por eso nos dan opción este día.

Camino hasta mi armario y arrojé las prendas en la cama luego de ojearlas hasta que encuentro algo que me gusta: una blusa blanca de tirantes con detalles en rojo, jeans ajustados, botines negros y una cazadora blanca para darle un estilo más formal. Me pongo algo de humectante labial y me hago una trenza de sirena que me cae en el hombro derecho.

Me observo en el espejo y la verdad que es no me veo nada mal. No soy fea, lo tengo claro. Mido 1.68 pero sigo en crecimiento, mi cabello es color castaño oscuro y me llega hasta la mitad de la espalda, mis ojos son pequeños y de color miel y mi cuerpo, bueno, no soy obesa pero sí tengo un par de kilos más de los recomendados para mi estatura.

¡Ah!, pero gracias a esos kilos tengo este trasero, así que no me quejo.



Estamos almorzando mientras seguimos charlando de lo fabulosa que estuvo la fiestecita. Me siguen contando más

anécdotas de las tonterías que hicieron y no aguantó la risa. De verdad que mis amigas juntas, sin mí para detenerlas, son una bomba. Le doy una mordida a mi hamburguesa —las de la cafetería son grandiosas— y luego un sorbo a mi botella de agua.

—Tendrías que haber ido, Maddie, te perdiste muchas cosas geniales —cotillea Felicia.

—No lo creo, no creo que eso valiera la resaca que traían ayer. A propósito, no soy experta en eso ya que yo no tomo pero, ¿por qué vinieron al colegio en vez de quedarse en casa?

Eso no me lo puedo explicar. ¿No era más fácil faltar y listo?

—Muy simple, nuestros padres no sabían que nos escapamos para la fiesta de ayer y, si no veníamos, iban a sospechar.

—¿Se escaparon?

Me lo creo de Felicia y Lizzie, pero no de Mariela Hernández; esa criatura no es capaz.

—Sí, pero valió la pena —justamente es ella la que me responde y yo suspiro.

—Vaya, de verdad que ustedes no tienen límites. Bueno, iré a llenar esto, ya vengo.

Camino hasta los bebederos. Espero hasta que la botella esté repleta del líquido incoloro y, cuando camino de vuelta a la mesa, choco con alguien de frente. Esta persona me pega toda su comida en la ropa, además de mi botella de agua que se me derrama encima. Ambas gritamos por la sorpresa, y doy pasos hacia atrás mientras observo mi atuendo.

—¡No! —grito y me percató de que mi cazadora y blusa antes de color blanco están ahora teñidas de rojo, amarillo y algunas partes mojadas en tonos marrones.

—¡De verdad lo siento! ¡En verdad! ¡Fue un accidente! —exclama una chica extremadamente nerviosa mientras retrocede.

Respiro profundo tres veces con los ojos cerrados, calmándome, y luego cuento hasta veinticinco antes de mirarla.

—Está bien, tranquila, no es tu culpa.

Ella asiente y prácticamente se va corriendo. Las chicas me observan y cuando ven mi mirada arranca-y-escupe-almas vuelven a lo suyo inmediatamente. Camino dando grandes zancadas y maldiciendo por lo bajo hasta llegar a la mesa. Mis amigas están conversando, pero, cuando me acerco, se callan abruptamente y me observan escandalizadas.

—¿Pero qué te pasó? —pregunta Mariela.

La ignoro, tomo el bolso de la mesa y me encamino furiosa hasta los baños.

Cuando pongo un pie dentro tocan el timbre de entrada a clases, pero no me importa; tengo que quitarme esto, ya luego le explicaré al maestro correspondiente.

Pongo mi bolso a un lado, cojo papel higiénico con agua y jabón y comienzo a frotarlo en mi ropa. Solo consigo, después de un gran rato, que las manchas crezcan y se hagan más notorias. Definitivamente, este no es mi día.

Tomo nuevamente mi maletín y pienso en la siguiente clase que tengo: Francés. Maldiciendo, camino por los ahora solitarios pasillos hasta que llego al aula. Está llena y la maestra se encuentra de pie explicando frente al pizarrón. Asomo la cabeza algo apenada —ya que no había llegado tarde en años— y me aclaro la garganta.

—Disculpe, profesora, pero he tenido un problema con mi ropa y estaba en el baño —ella me examina con el ceño fruncido un buen rato, pero debe de ver la desesperación en mis ojos porque asiente.

Mientras voy caminando las chicas me miran, ríen y se susurran cosas, pero las ignoro. Lo que menos necesito es irritarme por su falta de sutileza.

Busco un asiento con la mirada pero no encuentro. Gracias a mi llegada tardía, todos los puestos se encuentran ocupados.

—No hay pupitres vacíos.

La maestra examina el lugar también.

—Al lado de Max, allí hay uno —lo señala—. ¿Te importaría quitar tu maletín de allí? —le pregunta al tipo que claramente está divertido con mi situación.

—Por supuesto que no.

Refunfuñando, camino con pasos pesados, me siento en un pupitre a su lado derecho y tiro mi bolso en el suelo. Inmediatamente, siento su penetrante mirada sobre mi persona. Carraspeo y miro hacia algún punto fijo del lado contrario de donde está. La profesora prosigue su lección y yo estoy atenta a lo que queda de la explicación. A pesar de haber llegado tarde, más o menos estoy entendiendo esto y me regocijo por dentro. Es un avance.

Cuando finaliza la explicación nos ordena copiar unos ejercicios del pizarrón y luego pide que empecemos con ellos. Casi inmediatamente interrumpe una chica la clase y ruega, urgente, la ayuda de la señora Rebeca, mi amada y vieja profesora. Esta se disculpa y se retira junto con la alumna.

Yo, entusiasmada porque creo que he comprendido perfectamente lo que debo hacer, comienzo a conjugar verbos con todas las personas y los tiempos. Aunque mi día no vaya genial, me siento optimista por primera vez en esta clase.

Estoy encorvada mientras escribo enérgicamente en mi cuaderno. Ya casi voy por la mitad y no podría estar más orgullosa. Escucho un aclaramiento de garganta y luego una palabra pronunciada con voz ronca que me hace fruncir el ceño:

—Hola —sé que es él, obviamente, es el único hombre aquí. ¿Qué quiere? Finjo no haber escuchado nada y prosigo con la vista clavada en mi libreta. Él insiste—: ¿Cómo te llamas? —sigo haciéndome la desentendida—. ¿Acaso no me has escuchado?

Suspirando resignada, me enderezo y giro mi cuerpo ligeramente hacia su lado. Él tiene los codos apoyados en el pupitre —el cual, ahora que me fijo, le queda algo pequeño— y se inclina un poco hacia mí.

—Me llamo Madeline —contesto a regañadientes.

—Maximilian Kersey —ridículamente me ofrece su mano y, luego de soltar un bufido, se la estrecho sin ganas.

—Sí, ya sé quién eres —anuncio cortante.

Vuelvo a tomar mi pluma y sigo con la práctica; quiero terminarla antes de que llegue *madame*.

—¿Te gusta el francés? —pregunta, deseando entablar conversación.

Suelto otro bufido. Ganas no me faltan de contestarle «Mira, pedazo de imbécil con aspecto de dios griego, odio el puto idioma y te odio a ti por idiota, así que haz el favor de darte la vuelta, cerrar tu maldita boca y no seguir molestando porque realmente me aborreces y no quiero hablar contigo», pero no puedo ser honesta por varias razones, la primera: yo no soy tan mal hablada, sí pienso insultos, pero no los digo en voz alta frecuentemente. Segundo: me mandarían una boleta de -25 puntos, si es que no me expulsan antes. Además, él solo intenta ser amable, aunque siempre pronuncie las palabras con un tono de superioridad que me exaspera.

—No, no me gusta mucho que digamos, prefiero el Inglés —respondo moderando mi tono de voz para que no se note el fastidio.

—Interesante —se soba la barbilla con sus dedos, en gesto pensativo—, definitivamente todos tenemos gustos singulares. —Asiento sin decir palabra. Trato de no mirarlo mucho a los ojos porque sé que soy capaz de quedarme como idiota observándolos a profundidad. El chico sigue—: ¿Vives por aquí?

«¡No, grandísimo estúpido, vivo en Escocia pero me levanto todos los días a las dos de la mañana y vengo hasta acá montando una gallina!», es lo que deseo gritarle con todas mis fuerzas. ¿Se puede ser más tarado? ¿Qué clase de pregunta es esa? Niego con la cabeza. De verdad que hay gente que con veintitantos años aún no tiene bien desarrollado el cerebro.

Lo miro y sigue como si nada, esperando mi respuesta. Suspiro.

—Sí, vivo en un sitio llamado Candelaria, no sé si lo conoces —*Ni me interesa, tampoco*—. ¿Y tú eres de aquí? Es que no lo pareces —comento distraída mientras dibujo círculos en la parte de arriba de mi cuaderno.

—Sí, vivo aquí. Y si lo dices por mis ojos, la razón es que mis padres son norteamericanos —contesta, tan engreído.

¿Y a mí como por qué me tendría que importar si son de Bulgaria, Escocia o Mongolia?

—Mmm, ya —murmuro y vuelvo a tratar de concentrarme en terminar esta práctica de una vez por todas.

No soy descortés, pero en serio la actitud de este hombre me produce cierta ¿irritabilidad?, ¿molestia?, ¿enfado?, ¿agonía?... Bueno, todo eso multiplicado por diez y luego por veinte. No lo quiero cerca, es más, que no me hable, yo no le hablo y, así, ninguno se tortura escuchando las palabras del otro.

—¡Chissst...! ¡Ey, Madeline! —me llaman en un susurro—. ¡Oye, Maddie!

Vuelvo la mirada hacia mi lado derecho y me encuentro a Felicia arrodillada y con la cabeza gacha. No nos prohíben hablar con moderación, pero sí levantarnos de nuestros lugares.

—¿Qué pasa? —susurro inclinándome un poco hacia ella.

—¿Qué fue lo que pasó contigo en el almuerzo para que llegaras tarde y así? —se refiere a mi atuendo.

—Una chica me pegó su comida en la ropa y tuve que ir a limpiarme al baño.

—Vaya, una lástima, amo tu chaqueta —hace un puchero y yo río bajito—. ¿De qué tanto hablas con el pupilo? —me pregunta con una sonrisa pícara.

—No molestes, Felicia. No me lo soporto, solo deseo que termine esta clase para poder irme.

En ese instante, entra la profesora con paso enérgico al salón y Felicia y las demás chicas que estaban fuera de su lugar se levantan y se vuelven a sentar en un abrir y cerrar de ojos.

La profesora Rebeca se pone a buscar algo en su escritorio.

—Deberían tener más cuidado, podrían descubrirlas.

Vuelvo mi cabeza para dedicarle una mirada de no-te-metas-donde-no-te-llaman pero lo encuentro entretenido con mi cuaderno a la altura de su rostro mientras lo examina. Debí de quitármelo cuando hablaba con Felicia.

—¿Pero qué te...?

—Están malos, todos los ejercicios, los hiciste mal —me interrumpe y tira el cuaderno en mi mesa—. Los revisé y no hay ninguno bueno. Todos están mal hechos. —Abro los ojos por la sorpresa. El chico sonrío con burla—: Deberías prestar más atención en clase la próxima vez.

Inmediatamente, tocan el timbre del tan ansiado receso. Todos se levantan y se van mientras yo me mantengo inmóvil. Minutos después, la sala queda totalmente vacía; hasta la maestra ha salido. Miro mi cuaderno con el ceño fruncido. Son treinta y dos ejercicios, treinta y dos oraciones mal hechas, treinta y dos errores de mi parte. De verdad, creí que había entendido el tema.

Tanto que me había esforzado en hacerlos perfectamente.

Los ojos se me inundan de lágrimas y, con coraje, arranco las hojas. Tomo mi bolso, meto la libreta y la pluma dentro y salgo

con paso enérgico de la clase. Al pasar al lado de un basurero, arrojo con furia los papeles y de un manotazo me seco las lágrimas mientras me encamino a la cafetería.

Muy linda la primera charla que hemos tenido.

Capítulo III



Camino sin ganas al lado de mis amigas que están igual o menos emocionadas que yo. Interrumpieron nuestra clase de Matemática para avisarnos por el altavoz que: «Todas las estudiantes del Colegio Virgen del Sacrilégio deben de presentarse en el auditorio y esperar sentadas en sus respectivos lugares hasta que se dé inicio a una asamblea».

Por supuesto que a ninguna de nosotras le emociona la idea de asistir a una: siempre son ceremonias aburridas donde se escuchan discursos de los profesores. Lo que desconozco es el motivo. Hasta dónde sé hoy no se celebra algo en especial o hemos causado algún problema. Todas desconocemos el porqué de la asamblea y esa es la razón de los susurros entre nosotras mientras nos adentramos en la gigantesca habitación y nos sentamos en las sillas predispuestas.

No es secreto que todas preferimos sentarnos en los asientos de arriba para poder hablar sin ser notadas. Pero, como ya la mayoría ha llegado, nos toca a Felicia, Lizzie, Mari y a mí sentarnos en la primera fila casi tocando el escenario.

Todas hablan mientras esperamos a que dé inicio el acto, pero yo no tengo ánimos. No soy amante de los miércoles ni de cualquier día de clases. El colegio es una responsabilidad y debo cumplirla al ciento por ciento, pero eso no significa que me guste levantarme temprano para venir nueve horas al día. Algunas piensan que soy una chica que ama estudiar, hacer exámenes,

trabajos, proyectos... ¡Por Dios, no! ¡Qué horror, lo aborrezco totalmente! Pero no hay escapatoria; si quiero tener un futuro prometedor estoy obligada a estudiar.

—¡Silencio, por favor! —ordena la profesora Cristina, de Química, que sostiene un micrófono detrás de un podio marrón—. Señoritas, queremos dar inicio, por favor hagan silencio.

Todas parecen callarse como por arte de magia y dirigen su vista al frente donde se encuentra la figura autoritaria.

Al lado de la profesora que está hablando, pero un poco más atrás, se encuentran en una fila los maestros restantes, quienes, como siempre, mantienen la cabeza alta, rostros impasibles y nos vigilan como halcones. Noto algo fuera de lugar a lo que estoy acostumbrada en una asamblea y es que el arrogante de ojazos matadores está en la fila al lado de la maestra de Francés. Este, en cambio, muestra una deslumbrante sonrisa que, puedo jurar, es más falsa que los tatuajes que vienen dentro de los chicles, y recorre todo el gimnasio con la mirada mientras mantiene los brazos tras su espalda.

—Buenos días, estudiantes —continúa la maestra al micrófono—. El motivo de esta asamblea es el siguiente: el Ministerio de Educación de nuestro hermoso país ha enviado un comunicado a todas las instituciones educativas de la región pidiendo que de alguna manera se colabore a que los chicos y chicas sigan con ilusión el colegio y no abandonen sus estudios. La directora y administración han tomado cartas en el asunto y, como motivación para las estudiantes más aplicadas, se les dará un reconocimiento especial.

Los murmullos aparecen inmediatamente entre las chicas. Todas preguntándonos a qué se refiere con «Reconocimiento especial». ¿Aplausos? ¿Dinero? ¿Un mes sin clases? Lo último sería genial.

—A continuación, se llamará a las estudiantes con los cinco mejores promedios de toda la institución y se les otorgará un diploma y una medalla. Si se menciona su nombre, favor ponerse en pie y venir frente a sus compañeras. Comencemos.

El corazón se me sube a la garganta y siento cómo me comienzan a sudar las palmas de las manos. Trago saliva, volteo la cabeza hacia mis amigas pero me encuentro a todas las chicas de mi salón con sus ojos puestos en mí. Para ninguna es un secreto mis buenas calificaciones y me miran expectantes.

—¿Crees que quedes entre las cinco? —vuelvo mi mirada nerviosa a Mariela, sentada a mi lado.

—Allison Innecken, con el quinto mejor promedio del colegio, un aplauso por favor —comienza la profesora y todas aplaudimos.

La chica camina emocionada hasta los profesores donde, para mi horror, Max da un paso adelante y le coloca la medalla, le da un diploma y la abraza.

—Yo..., yo no lo sé, Mari. No sé si mis notas serán tan altas —murmuro distraídamente sin separar mis ojos de la escena.

Mis nervios están a flor de piel. Observo cómo ahora el tercer mejor promedio recibe su medalla y título. Demonios, mis manos tiemblan ligeramente mientras siguen sudando y mi respiración es cada vez más irregular. En realidad, me encantaría recibir un título y medalla a mi conocimiento. Sería genial pararme frente a todo el colegio y escuchar sus aplausos. En silencio, ruego e imploro a Dios que me dé el honor de poder ir hasta allí. En realidad, quiero esto demasiado. Todos los ojos de mis compañeras siguen fijos en mi espalda pero eso es lo de menos.

Mi preocupación alcanza un nivel extremo cuando se acerca el segundo mejor promedio al centro. Solo queda un premio más y a mí no me han llamado. Cierro los ojos y sigo rezando para

poder conseguirlo. En este momento no anhelo nada más. Siento que alguien da un apretón a mi mano y abro los ojos.

—Tranquila —murmura Mariela sonriendo y yo asiento tomándole con más fuerza su mano.

—Y para finalizar, con un sorprendente rendimiento de 9.7, llamamos al mejor promedio del Colegio Virgen del Sacrilegio... —Todas hacen un silencio sepulcral, expectantes. Cierro los ojos con muchísima fuerza mientras escucho los susurros muy bajitos de mis compañeras que me animan. *Por favor...* sigo implorando—. Haga el favor de honrarnos con su presencia, señorita... —¡Vamos, quiero esto!— ...señorita Madeline Cascadas.

Abro los ojos de golpe y una sonrisa se dibuja en mi rostro. Me pongo en pie y camino hasta los profesores a paso lento y a punto de llorar de la emoción. De fondo, escucho los gritos, silbidos y aplausos de mis amigas y compañeras y eso me alegra aún más. Estoy orgullosa, muy orgullosa de mí misma por tener las mejores calificaciones de entre cientos de estudiantes.

Se siguen oyendo los gritos y chillidos y yo me acerco al pupilo. Este me sonrío, coloca la dorada medalla con cuidado sobre mi cuello, me da el diploma en la mano y luego me atrae a sus brazos. De la felicidad, excitación, orgullo y emoción lo abrazo muy fuerte.

—Dios mío, muchas gracias, este momento jamás lo voy a olvidar —murmuro aún entre sus brazos que parecen no querer dejarme ir.

—Felicidades —me susurra él en el oído y luego me deposita un beso en la mejilla.

Se separa sonriente y me guiña un ojo.

No le doy mucha importancia y me giro a ver a las chicas que siguen, después de minutos, gritando emocionadas. En serio, estas chicas son las mejores a pesar de todo. Doy una sonrisa

y me dirijo a mi lugar nuevamente. No puedo ni sentarme porque mis amigas se levantan y se tiran todas sobre mí en un gigantesco abrazo. Escucho muchísimos «Felicidades» y «Te lo mereces» y solamente puedo agradecer a Dios por estar en este colegio que sé que dejará huella en mi vida y muchísimos recuerdos también.



Después de recibir mi título ayer, fui felicitada por mis compañeras, profesores e invitada a cenar por mi madre y padrastro, como celebración por el triunfo.

Estamos sentadas, como siempre, en nuestra mesa mientras almorzamos. Solo somos tres, falta una. Yo reviso mi celular y saboreo una que otra galleta mientras Lizzie y Felicia discuten sobre si un chico debe pagar la cuenta aunque sea la chica la que lo invitó a salir. Un tema de importancia internacional, nótese la ironía.

—Si él te invita tiene que pagar porque es cierto, él te invitó —argumenta una irritada Felicia, ya que llevan más de diez minutos en lo mismo—. Pero si tú eres la de la idea, pues es tu culpa.

—Pero lo más caballeroso sería que pague él. Dios mío, ¡que por lo menos finja tener modales! No puedo creer que sea tan imbécil de no encargarse de la cuenta. —Lizzie se cruza de brazos con el ceño fruncido.

Suspiro, dejo el teléfono a un lado y las miro.

—Estoy harta, digan qué pasó, ahora.

—A nuestra inteligente amiga Elizabeth... —comienza Felicia con notable burla— ...se le ocurrió invitar al chico de la tienda a comer.

—¿El chico de la tienda que está a cinco cuadras?

—Ajá —asiente—. Para no hacerte larga la historia, esta babosa lo invitó a salir y al final tuvo que pagar ella porque él se negó a hacerlo.

—¡Me están jodiendo...! —murmuro divertida mientras dirijo una mirada a Lizzie, que sigue callada mientras destroza la mesa con la mirada.

—¿Te lo puedes creer? En parte, ella tiene que entender que es su culpa por invitarlo a salir.

—¡Cállense, que no fue mi culpa! —ataca Elizabeth—. Cuando la camarera nos trajo la cuenta de las hamburguesas y el par de Coca-colas él simplemente la tomó y me la puso en frente diciendo «Ten, son 5.99 dólares, creo que solo se puede en efectivo». —Lizzie toma en una mano el burrito que está en su plato y lo estruja con tanta rabia que hace que se salga todo el relleno—. ¡Imbécil! ¡Maldito cavernícola! Es verdad, lo invité yo, pero, ¿tanto le cuesta sacar seis putos dólares del bolsillo y decir: «Yo pago»? ¡Modales, maldición! Yo no lo juzgué por trabajar en una tienda de ropa, traté de no discriminar a nadie, ¡y mira con lo que me topo! —da un golpe en la mesa con el puño cerrado—. Nunca más, nunca más saldré con nadie. —Seguidamente declara—: Me haré monja.

Felicia y yo nos miramos con la boca abierta y, luego de unos segundos, comenzamos a reírnos como si el mundo fuese a acabar mientras Lizzie gruñe.

—Elizabeth Marie de la Rosa una monja que pasa el día rezando y haciendo caridad... casta... pura... bondadosa... ¡No me jodan! —grita Felicia—. ¡Es como decir que Mickey Mouse es un conejo!

Yo solo puedo llevarme la mano al estómago ya que de tanto reírme me ha comenzado a doler. Todas las de la cafetería nos están viendo pero no les parece nada raro; somos así siempre.

De pronto, llega a nuestros oídos un grito agudísimo que cada vez aumenta más su volumen.

—¿Pero qué demonios? —masculla Lizzie lo que todas estamos pensando.

Miramos hacia ambos lados de la cafetería y, de un segundo a otro, las puertas se abren de golpe y Mariela pasa como un torbellino hacia nosotras.

—¡Chicas, chicas, chicas! —logra decir entre jadeos con las manos en las rodillas mientras recupera el aliento—. ¡A que no saben! ¡Oh mi Dios! —chilla, enderezándose y mirándonos sonriente—. Josh me ha invitado a ir a la playa con él y sus amigos. ¡Pasaremos todo un fin de semana juntos!

—¡Mari, maravilloso! —exclamo y sonrío—. La cosa se está poniendo seria. Pronto los veremos de la mano por la calle.

—Genial, amiga, creo que de verdad te gusta ese chico. ¡Nos tienes que contar todos los detalles después! —Felicia le dirige una mirada que no admite negativas.

—¡Obvio que sí, chicas! Estoy tan feliz... —de pronto, dirige su mirada a Elizabeth, que sigue callada y con los brazos cruzados—. ¿Y a esta qué le pasó?

—Oh, pues, solo te diré que nuestra amiga Lizzie rezará mucho para que te vaya bien con Josh —bromeo, haciendo que Lizzie me fulmine con la mirada, Felicia se vuelva a atacar de la risa y Mariela nos mire sin comprender nada.

Respondo las preguntas en mi cuaderno, todo el salón está en silencio y concentrado en la práctica del texto que acabamos de leer. Anabelle, la profesora de Literatura, está leyendo unos papeles.

Luego de un rato me levanto y camino hasta su escritorio.

—¿Profesora?

—¿Sí? —dirige su mirada hacia mí y se acomoda mejor las gafas de lectura.

—¿Puedo ir al baño?

—¿Por qué no fuiste en el receso?

La típica pregunta. Todos siempre salen con lo mismo. «¡Porque en el recreo no tenía ganas y ahora sí!». Sacudo levemente la cabeza para alejar mis rebeldes pensamientos.

—Se me olvidó —la miro haciendo un leve puchero.

Suspira.

—Bien, pero que sea rápido. —Me tiende el permiso y yo sonrío mientras salgo de clases.

Camino por los solitarios pasillos pasando de lado las aulas. Subo las escaleras hasta la segunda planta y sigo recto hasta los sanitarios. *¿En serio ese tipo la obligó a pagar la cuenta? Yo se la hubiera puesto de sombrero y me largo del lugar,* pienso indignada mientras camino.

Cuando llego, me encuentro con la puerta roja y el cartelito que dice «Baños». Tomo la perilla pero esta no gira: están cerrados. Mis ganas son inaguantables y estoy segura de que pronto explotaré. Con desesperación vago por los pasillos hasta que encuentro a la señora de mantenimiento quien amablemente me presta la llave que los abre al prometer devolverla después. Subo casi corriendo hasta el segundo piso nuevamente, la introduzco en la cerradura y muevo escuchando un clic. Tomo el pomo y lo giro lentamente mientras empujo la puerta. Dirijo mi vista hacia el frente y quedo en shock. Mis ojos se abren como pelotas y creo que mi quijada está a punto de tocar el suelo.

Esto debe de ser una broma.

Los gemidos y jadeos me hacen darme cuenta de que todo esto es real; esta escena no es inventada por mi mente. Lo estoy viendo en vivo y en directo.

Son ellos y aún no se han dado cuenta de mi presencia.

Llevo una mano a mi boca y la cubro cuando siento que voy a gritar. Hay dos personas en el baño: un hombre alto y fornido está metido entre las piernas de una mujer que está sentada en los lavabos; se devoran la boca con hambre y se toquetean mutuamente. La falda de la mujer está subida mientras que él acaricia su muslo y, cuando veo que su mano piensa seguir adelante, no puedo evitar chillar:

—¡Dios mío!

Inmediatamente se detienen y me miran con el horror y el espanto grabados en sus rostros. Ahora les puedo ver mejor y confirmar lo que sospechaba cuando entré, son ellos: la maestra de Francés y el prospecto a profesor. Ya se me hacían conocidos, claro, ¿quiénes más podrían ser tan desvergonzados de hacerlo en el baño de un colegio? No sé por qué no me sorprende, creo que ya me lo esperaba por las miraditas que se daban. Me pregunto desde hace cuánto que se las traen.

Ella, al instante, se baja del lavabo y comienza a arreglarse la falda y el cabello mientras que el tipo se ve verdaderamente incómodo, mirando hacia todos lados mientras se rasca el cuello.

—Madeline, déjame explicarte, no es lo que parece —argumenta ella, dando un paso hacia adelante pero yo doy uno hacia atrás.

Dios, en serio esta imagen nunca la voy a sacar de mi cabeza. No me importa que lo hagan, pero, ¡debieron tener más cuidado! Si esta escena me escandalizó a mí —que no soy para nada santa— no quiero ni imaginarme cómo se hubiese podido sentir alguien más inocente, como Mariela, presenciando esto.

Es una falta altísima y mi cerebro ya me ha dictado lo que debo hacer.

—Esto lo sabrá Aremonna.

Es la directora. Ella ha prohibido las relaciones entre docentes o cualquier persona que trabaje en el instituto y cuando sepa esto de seguro enloquecerá.

—¡No, no Madeline, por favor! —salta inmediatamente la profesora, pero yo no la escucho y salgo disparada del lugar hasta las oficinas administrativas.

De repente siento que alguien tira de mi brazo con rudeza, haciéndome detener en seco e irme hacia atrás, pero antes de que caiga me atrapan y colocan contra una pared. El maldito de Maximilian sujeta mis manos a la altura de mi rostro y no me puedo mover; sus ojos azules me miran intensamente y su mandíbula está tensa.

—¡Suéltame! —mascullo, intentando zafarme, pero es inútil ya que aumenta su agarre casi haciéndome daño.

—Tú no dirás nada, ¿oíste? —espeta tan cerca que siento su aliento pegarme en la frente.

Lo miro con asco y, sin perder más tiempo, le pego un golpe en el pie. Cuando me suelta para sobarse, arranco como alma que lleva el diablo. Logro llegar hasta las oficinas y me encuentro con la secretaria en la puerta.

Estoy jadeando por el esfuerzo y siento la adrenalina corriendo por mis venas.

—¿Necesitas algo? —pregunta la secretaria, pero yo sigo directo hasta la puerta—. ¡Oye, no puedes pa...!

La directora Aremonna está sentada viendo su ordenador y cuando cierro la puerta sus ojos vuelan a mí. Por la avanzada edad ya se le forman arrugas en la frente y tiene bolsas de cansancio bajo los ojos.

Mi respiración no podría estar más agitada.

—¿Necesitas algo? —inquire, escudriñando mi persona con la mirada—. ¿Por qué entras así?

Sin perder más tiempo, me acerco hasta su escritorio y apoyo mis manos temblorosas en él mientras me inclino hacia delante.

—Directora, yo..., yo iba hacia el baño pero..., pero cuando abrí la puerta me encontré con..., con..., con... —trago saliva mientras ella me mira expectante—. Me encontré con la maestra Rebeca..., ella..., ella y el estudiante de la UTI estaban..., Dios... —balbuceo sin saber cómo decirlo. Tengo que calmarme, pero todo ha sido demasiado—, estaban teniendo relaciones sexuales en el baño.

Ella me mira durante varios segundos sin expresión en su rostro. Me remuevo inquieta por la posibilidad de que no me crea. No es algo que oiga todos los días, la comprendo, pero yo nunca inventaría algo así.

De pronto, se pone de pie y yo me endezco mientras quedamos a la misma altura. Ahora me mira con el semblante estricto e intimidante que siempre la ha caracterizado.

—Eso es una acusación muy grave, Madeline. Si esto es algún tipo de broma...

—No, no, se lo juro. Yo los vi, por favor créame —la miro lo más seria posible para hacerle entender que estoy diciendo la verdad.

—Le repito que una falta de ese nivel es muy grave. No puede simplemente irrumpir en mi oficina diciendo que dos profesores estaban..., estaban... —agita su mano en el aire—, teniendo sexo en el baño del colegio.

—Directora, se lo suplico, yo nunca, nunca, inventaría algo así. Tal vez suene loco, pero sí pasó hace unos minutos.

Suspira y toma un teléfono negro de su escritorio. Mis ojos están muy abiertos; esto parece tan surrealista.

—Kyara, hazme el favor de llamar a la profesora Rebeca y a Maximilian Kersey a dirección, ahora —ordena por el auricular y luego corta.

Yo me muevo inquieta bajo la intimidante mirada de la directora hasta que percibo la puerta abrirse y luego cerrarse. Mi maestra cambia su posición de un pie a otro verdaderamente nerviosa, parece que se ha arreglado después de su encuentro en el baño, ya que antes estaba sudada y con las mejillas rojas mientras que ahora se ve como si hubiese estado dando su clase.

El tal Max no quita su mirada mortífera de mí, aunque nos encontremos con gente en la habitación.

—Voy a ir directo al punto porque tengo cosas que hacer. La alumna Cascadas argumenta que los ha visto a ustedes dos intimiando en los baños de la institución, ¿eso es verdad?

Él al fin me deja de observar y relaja su expresión al hablar con la directora. Se me seca la garganta ante su declaración:

—No sabemos a qué se refiere, nosotros estábamos en el salón de profesores corrigiendo tareas —replica, poniendo expresión desconcertada.

—Es cierto —concuerta mi maestra, estoy segura que al borde de un ataque de pánico—. Estuvimos calificando los trabajos de la semana pasada.

Yo los mato, los mataré, ¡me están dejando como la mentirosa del año! Me tenso cuando la directora asiente en su dirección. No, no, ¡no! La directora no puede creerles, no... Es mi palabra contra la de ellos. Pero ellos son más grandes..., no, no creo que...

—Entiendo, disculpen la molestia, pueden regresar a sus labores —Aremonna pone fin a la discusión mientras se sienta en su escritorio.

Ellos se retiran en silencio pero puedo imaginarme la sonrisa arrogante en el rostro del imbécil. Me hierva la sangre al mismo tiempo que quiero llorar y suplicar que me crean.

Miro a Aremonna con los ojos como platos.

—Señora directora, debe de creer en mí, ¡ellos están mintiendo!

—Silencio, Madeline, no digas más —suspira con pesadez—. Agradece que te deje ir y no te expulso por lo que acabas de hacer, solo porque eres la alumna ejemplar de este colegio y no quiero chismes. No me vuelvas a montar escenas de este tipo nunca más porque más rápido de lo que esperas te sacaré de aquí—sentencia con voz severa. Y, cuando pienso replicar, me calla diciendo—: Me has decepcionado, nunca esperé este circo de tu parte, así no se comporta una alumna de este colegio.

Eso ha sido como una patada en el estómago. Me trago mi cólera y ganas de llorar, aprieto mis manos en puños y debo respirar profundo varias veces hasta calmarme. ¿No me quiere creer? ¡Perfecto! ¡Excelente! Espero que alguna otra persona los encuentre en sus andanzas y se forme un chisme gigantesco.

Sin decir más, me giro y salgo echando chispas de la habitación. Camino dando zancadas de vuelta a mi clase de Literatura que debe de estar por terminar.

Me han humillado, quedé en ridículo ante la autoridad del colegio y ellos se salieron con la suya.

Alguien tira de mi brazo con violencia, acercan una boca a mi oído y sisean:

—Me las vas a pagar, debiste cerrar la boca. —Luego sigue caminando, no sin antes golpear su hombro con el mío.

Sin tener ni la más mínima idea de por qué y, antes de pensarlo mucho, corro tras él en la misma dirección por la que se ha ido. Estamos transitando el primer piso desolado a la espera del

tan ansiado toque del timbre. Max camina con las manos hechas puños a sus costados, desprendiendo superioridad y molestia en su caminar.

—¿Podrías largarte? —gruñe sin mirarme ni detenerse—. Te juro que estoy haciendo uso de todo mi autocontrol para no voltearme y gritarte todo lo que mereces.

—¿Qué es lo que me merezco que me grites? Yo no fui la que estuvo a punto de tener sexo con una vieja como veinte años mayor que yo.

—¡Pude haber perdido la oportunidad de ser maestro por tu culpa! —se para en seco y me mira con despecho—. Claro, tenías que ir de chismosa, metiéndote donde no te llaman. Naturalmente no esperaba esto de ti, al ser el mejor promedio del colegio deberías usar más ese cerebro tuyo y pensar las cosas antes de andar con cuentos.

—¿Cuentos? ¡Los vi! Podrían haber esperado a llegar a casa, ¿no? Cuando menos al auto. —Me cruzo de brazos mirándolo hacia arriba, desafiante.

—¿Sabes lo difícil que es graduarse de la universidad? ¿No? ¡Eso es porque para ti ahora todo es fácil! No sabes lo que uno tiene que hacer para conseguir una firma que es la que decidirá si eres maestro o no, si trabajarás o no. Por supuesto que no me quería acostar con ella por gusto, ¡no me quedaba de otra!

—¿Ah? —es lo único que atino a balbucear.

Camina de un lado a otro frente a mí mientras se pasa una mano por el cabello castaño y maldice por lo bajo.

—¡Eres una chiquilla, no lo comprenderías! —grita tan fuerte que me sobresalto un poco—. Tenías que dejar de andar de fisgona, pero ahora la has jodido y no hay vuelta atrás. Te metiste en mis cosas y casi arruinas mi futuro, ahora asume las consecuencias ya que yo haré lo mismo con el tuyo —me dice con una voz

terriblemente fría y sus ojos tienen un brillo que me hace tragar saliva.

—Esto no es ninguna novela o algo parecido, deja de hacer el ridículo que no te tengo miedo.

—Pensé que solo eras un poco introvertida y no te gustaba hablar, tenía planeado no molestarte ni incomodarte más. Ahora todo cambió, vas a atenerte a lo que viene por inmiscuirte en mis asuntos. Encontraré tu punto débil y te joderé —en ese momento suena el timbre del receso, me perdí casi toda mi clase por este problema—. Espera y verás, Madeline.

Se marcha no sin antes dirigirme una mirada que me inquieta bastante.

¿A qué se refiere? No me conoce, no puede hacerme nada. No es como si fuera un asesino serial o algo así, aunque uno nunca sabe. Tengo que admitir que sus palabras tan faltas de sentimientos y las miradas gélidas que me lanzó provocaron varios escalofríos en mi cuerpo.

Tal vez no debí de ir con el chisme, quizá tenga razón; no era problema mío, era asunto de ellos. Soy una estúpida, es verdad, debí pensarlo mejor. Ahora la directora me cree una loca, no sé cómo entraré a la clase de Francés de la maestra Rebeca y estoy amenazada por el universitario.

Maravilloso. Bien hecho, Madeline, así es como se comienza tu último año, ironizo en mi cabeza y suspirando camino hasta el salón a buscar mi bolso.

—¿Cómo demonios fuiste tan estúpida? —me grita Felicia con los ojos como platos—. ¿Acaso no piensas, Madeline? No me lo puedo creer. A veces puedes ser tan... —se cruza de brazos y niega.

Sí, ya me lo esperaba. Tienen toda la razón; merezco todos sus regaños. Me pasé. Y, conociendo a mis amigas —casi hermanas—, sé que ellas no se van a quedar sin decirme las cosas en la cara. Eso me gusta, pero, igualmente, me siento aún peor cuando otra boca me dice lo que ya sé.

—Ya, Felicia, no te pases —suplica Mariela luego de mirar mi expresión—. Está bien, Maddie, yo creo que hiciste lo correcto.

Felicia suelta una carcajada irónica.

—Lo correcto no es ir a contarle todo a la directora. ¿Acaso no pensaste, Mad? ¿Creíste que te iban a creer más a ti que a ellos?

—Felicia tiene razón —se entromete Lizzie—, no podías ser tan crédula de esperar que los sacaran sin más del colegio solamente porque una alumna llega contando una historia que parece de novela. Por Dios, Madeline, ¿y si te hubieran expulsado a ti? ¿Si te sacaran del colegio a inicio de año? Sabes que podría haber pasado.

—Lo sé —gimo—, pero igual era mi deber...

—¡No puedes dejarnos! —chillan las tres en coro.

Cuando lo hacen no puedo evitar sonreír y seguido todas nos estamos riendo. *Vaya que estamos mal de la cabeza.*

—Lo siento si somos muy duras —suspira Felicia—, pero podrían haberte sacado de aquí y sabes lo que nos dolería.

Capítulo IV



—¿A cuál vamos? —le pregunto a Mariela mientras espero apoyada en la pared a que saque sus cosas del casillero.

—Francés, tu pesadilla, Mad —responde poniéndose de pie y comenzamos a caminar.

Actúo mecánicamente mientras mi mente formula una y mil maneras para no tener que asistir a estas lecciones. ¿Cómo demonios quieren que los vea? ¿Con una sonrisa hipócrita mientras me trago las ganas de gritarles lo asquerosos que son? No es tan fácil como suena.

Me detengo en el umbral y suspiro. *No hay manera, ya estoy aquí*, pienso mientras escucho el timbre. Paso y me ubico, con obvedad, en una esquina del salón. Nunca más volveré al frente, eso seguro.

Me sorprendo al ver que un par de minutos después es Max el que entra al aula y cierra la puerta tras de sí.

—Siéntense, señoritas, la clase de hoy la impartiré yo —ordena, mientras enciende la computadora de su escritorio.

Todas vuelan hasta sus asientos mientras yo me quedo petrificada en mi lugar. Creo que dejé de respirar.

La vida definitivamente me odia.

Trágame tierra, ahora. No, todavía mejor, trágatelo a él. Tengo los ojos como platos mientras lo observo teclear concentrado. Apenas dijo que daría la clase se escucharon algunas risas

coquetas, susurros y gritos de alegría. Grandísimas estúpidas, yo solo quiero esfumarme ahora mismo. ¿Por qué no nos llaman al auditorio en momentos como este?

—Esto debe ser incómodo para ti —sonríe burlona Felicia, que se encuentra sentada a mi lado por primera vez al yo decidir ubicarme en la parte de atrás.

—No me jodas, Sherlock, ¿de verdad? —gruño, luego de buscar mi libro y tirarlo con fuerza en el pupitre—. Parece que todo pasara a propósito, en serio, ya me estoy preocupando.

—Es tu destino con él.

—¿Destino? —bufo—. No, gracias, preferiría no tener nada que ver con tipos arrogantes e imbéciles.

—Bien, silencio, ya encontré la lista de la clase —sentencia Max con un tono autoritario que me sorprende bastante y hace que mis ojos vuelen directo a él; ahora sí tiene actitud de profesor—. ¿Alexa Alfeizar? —Levanta la mirada y recorre el aula.

—*Ici* —contesta ella con la mano alzada y sonriendo encantadoramente, pero él no parece tomarle importancia ya que continúa.

—¿Carolina Guzmán?

—*Ici*

—¿Daniela Quinteros?

Estoy atenta a los nombres de la lista hasta que alguien me toca el hombro y me volteo hacia atrás ligeramente. Es Ruth, una chica muy simpática de mi clase; risueña y con unos rizos bien definidos que le caen y llegan hasta más abajo de los hombros cuando los tiene sueltos. Sus ojos son color café oscuro y los mantiene cubiertos por unas gafas cuadradas color rosa. No es de las más aplicadas, pasa los años apenas y charla mucho en clases, pero igualmente me cae bien.

—¿Y este milagro tú aquí sentada? —pregunta sonriendo.

Me vuelvo hacia atrás completamente.

—Un cambio a veces es bueno —miento sonriendo también.

—Claro que sí. Debes cansarte de ser tan aplicada, seguro que estudias todos los días.

—En realidad no estudio, sí repaso un día antes del examen pero nunca toco un libro antes de eso —ella abre la boca, sorprendida—. Lo sé, no me vas a creer, pero con prestar atención en clase basta.

—Vaya, pues, ¡qué envidia! ¿Así de rápido también te aprendes los números de los chicos?

—Eso no es importante —suelto una carcajada.

—Para mí sí, mira que tenemos que reproducirnos para salvar la especie.

—Deberían darte un premio Nobel por hacer actos tan nobles para el beneficio de los demás.

—Si estamos en esas, Elizabeth se lleva hasta los premios de La Academia —se entromete Felicia que está a mi lado izquierdo, haciéndonos reír como locas.

—¡Señorita Cascadas! —prácticamente gritan mi nombre con esa voz de desaprobación y me volteo con el corazón desbocado.

Max me mira intensamente mientras mantiene la mandíbula tensa. Recuerdo que estoy en clase y, para ponerlo mejor, con él. Mal día para comportarme como mis amigas.

Me doy una cachetada mentalmente.

—Eh... *presen...* eh... —maldición, no recuerdo qué debo decir, me bloqueé de la vergüenza—, yo..., esto..., *here?* —murmuro, haciendo que todas las chicas se ataquen de la risa mientras mis mejillas empiezan a enrojecer y él me mira fulminante.

—Estamos en clase de francés, señorita Madeline. Estuve nombrándola varias veces pero por estar hablando no me escuchó. Agradecería que prestara atención a *mi* —recalca la palabra con severidad— clase o me hace el favor y se va.

—Lo siento... —me disculpo con un hilo de voz, mientras me hundo un poco más en el pupitre.

Él se me queda viendo fijamente un rato más hasta que se escucha el repiqueteo de unos tacones en el suelo y todos dirigimos la mirada a mi profesora que entra apresurada al aula.

—*Bonjour, classe!* —jadea, parándose en medio del salón—. Lo siento si me retrasé un momento pero yo daré la clase. De todas formas gracias, Max.

¡De la que me salvaron! Primera vez que doy gracias al cielo por ver a Rebeca. Mi profesora es de cabello rojo muy semejante a un nido de cuervos: cuando lo veo pienso que en lugar de usar un cepillo para peinarse simplemente introdujo la cabeza en un triturador de papel; tez blanca, ojos marrones con una nariz puntiaguda que le daña el rostro. Además del montón de arrugas que tiene en la frente y al lado de los ojos, su cuerpo es un poco robusto, y es baja, por lo que siempre usa unos tacones que me dan terror de lo altos que son.

¿Ahora entienden el asco que me produjo la escena del baño? Era traumático para cualquiera.

Cambian de lugares: ella toma asiento en el escritorio y él va al pupitre de al lado donde están sus cosas: maletín negro y varios papeles desperdigados por todas partes.

—*Bien, classe, je...*

—¿Profe? —interrumpe una alumna desde la puerta—. Disculpe pero la necesita la directora.

Suspira.

—Ya voy.

Sale del salón y, un par de segundos después, se escuchan gritos y pedidos de auxilio de su parte. Abro mucho los ojos. ¿Qué sucede? Inmediatamente, todas nos ponemos de pie y corremos a asomarnos por la puerta. Maximilian Kersey nos quita con brusquedad del camino y sale como alma que lleva el diablo al igual que otros maestros.

La maestra rodó por las escaleras.

Ella simplemente se fue escaleras abajo.

Las chicas de los demás salones también están asomadas mirando hacia las escaleras. Segundos después, comienzan las risas. Sí, se ríen de la situación. Miro hacia atrás a mis compañeras y algunas se lanzan al suelo donde se retuercen y otras hasta lloran involuntariamente de tanto carcajear. Estoy perpleja. ¿Cómo pueden reírse de algo así? ¿Saben que puede quedar con una contusión? ¿Entienden que nuestra maestra puede morir? ¿Cómo pueden estar tan divertidas?

Puede que no tolere a la profesora, pero esto jamás me haría gracia alguna.

—¡Eso ha sido genial! —veo a Felicia y Elizabeth chocando los cinco.

—¿Cómo pueden estar felices por algo así?

—Esa vieja zorra ya me tenía harta —responde Felicia—. Hace una semana le llevé quejas mías a la psicóloga y ahora tengo que verla tres veces a la semana para que «corrijamos mi actitud».

—A mí igual —bufa Lizzie.

—Eso fue... No tienen por qué reírse de eso. Está bien que no les caiga pero igual es un ser humano.

—¿Andas de moralista, Mad? —Liz pone los ojos en blanco—. Ellos te dejaron en ridículo frente a la directora.

Me parece cruel que muchas se ríen de lo que le pasó a la profesora pero no sirve de nada regañar a mis amigas.

Solo queda rezar que no le pase nada malo, porque no sé cómo me lo tomaría yo.

—¿Saben lo que significa que la maestra quede hospitalizada? —se nos acerca Mariela, mirándonos con el ceño fruncido—. Tendremos a Maximilian Kersey por el tiempo que ella no esté. —Las miradas de mis tres amigas vuelan a mí inmediatamente a lo que yo solo respondo entreabriendo los labios.

Respiro un par de veces mientras me miran apenadas. Realmente me irrita tener que recibir clases con Max pero no es para tanto. Me comportaré como siempre: él, mi profesor; yo, la alumna. Él enseña francés, yo paso la materia.

Simple, de aquí en más yo no vi nada, está decidido.

—Está todo bien, no dejaré que me afecte.

El salón es un alboroto; la caída ha captado la atención de todos los profesores y pasamos más de media hora charlando sin supervisión alguna hasta que suena el timbre del receso.

Felicia y Elizabeth salen disparadas por la puerta mientras Mari y yo recogemos nuestros bolsos.

Charlamos de forma amena hasta llegar al comedor. Está vacío y puedo asegurar que es porque las chismosas de las alumnas están viendo qué pasó con la profesora. Tomamos asiento y, mientras hablamos, se puede escuchar la sirena de una ambulancia cercana. De seguro ya la están atendiendo los paramédicos. En verdad, me pregunto cómo está, espero que no le haya pasado nada grave.

—Y, ¿qué tal las cosas con ese chico que te trae loca?

—Loca es algo exagerado, yo diría distraída.

—¿Ya son novios oficialmente?

—No, aún no, pero no te imaginas, Mad, ¡ese chico es la ternura en persona! —Sonríe ampliamente—. Me dijo que era

la chica más especial que había conocido y que le fascinaba pasar tiempo conmigo.

—Vaya, te gusta —afirmo, para que luego ella asienta tímidamente—. ¡Eso es genial! Dile que si no se apura contigo y toma las riendas tienes a más chicos en lista de espera.

Reímos para que luego me comience a contar detalladamente cada una de las citas que han tenido. Mariela está ilusionada y me preocupa que ese tipo le haga daño. Pronto le pediré conocerlo para indagar si de verdad está interesado en ella y, si no es así, alejarlo lo antes posible. No dejaría que le hagan daño a mis amigas, menos a alguien que considero bastante frágil emocionalmente como lo es Mariela.

Las puertas del comedor se abren y entran Felicia y Lizzie desencajadas completamente de la risa. Felicia está roja y a Elizabeth hasta le bajan lágrimas de los ojos. Se acercan hasta nosotras y, sin parar de reír, se sientan.

—¿Qué es tan gracioso? —murmuro divertida, sus carcajadas son contagiosas.

—¡No se imaginan! —chilla Felicia—. ¡Dios, eso ha sido...! ¡Tenían que verlo, maldición! ¡Nunca había visto algo tan divertido!

—¡Cállate, Felicia, que si me acuerdo me vuelve el ataque de risa! —grita Lizzie entre carcajadas.

—Dios, chicas, ¿qué fue tan gracioso? —Mariela me mira con intriga y yo solo río encogiéndome de hombros para señalar que no sé nada.

—¡Fue genial! —chillan al mismo tiempo.

Siguen riéndose por lo menos tres minutos más hasta que por fin logran controlar su respiración y se secan las lágrimas que quedaron en sus mejillas.

—La cosa es... —Felicía vuelve a respirar hondo, aplacando cualquier carcajada que quiera salir—. Ella quedó desparramada en el suelo, quejándose y pegando alaridos como posesa del dolor. Inmediatamente, llamaron a una ambulancia que llegó hasta un rato después.

—Rebeca se quejaba como desquiciada, al parecer se quebró una pierna y los brazos —continúa Lizzie con la historia porque Felicia se volvió a atacar de la risa—. Tuvo suerte de que el tramo de escaleras sea tan corto y de no haber quedado inconsciente, créeme. Empezó a decir insultos en una mezcla entre francés y español y un montón de palabras poco entendibles que no sonaron nada bonitas. —Liz suelta una carcajada pero consigue seguir—: Los de la ambulancia inmediatamente le suministraron muchísima droga para que dejara de joder la paciencia. De repente, soltó un alarido a todo pulmón gritando «Scooby Doo, ¿dónde estás?» —Mariela y yo nos miramos y luego nos atacamos en gritos y risas con nuestras otras amigas—. ¡Parecía que había estado fumando hierba! —grita Lizzie—. Aremonna estaba allí y de repente Rebeca le gritó que se había acostado con su hermano y la directora la miró con la boca abierta pero, por suerte, cerraron las puertas de la ambulancia o jura que allí mismo le tiran la carta de despido.

—¿Estaba delirando o algo así? —la risa puede más que yo y mi moral.

—¡Tendrían que verlo! —concuerta Felicia—. Todas las demás alumnas se desencajaban de la risa en la entrada.

—¡No me había reído tanto desde que apareció una rata en el maletín del profe de Diseño! —grita Mariela que hasta está roja.

De repente, las puertas de la cafetería se vuelven a abrir y pasan un grupo de alumnas que se ríen tanto o más que nosotras. Entre ellas está Ruth quien nos ve y se acerca a nuestra mesa.

—¿También viste la escena del frente del colegio? —le pregunto divertida mientras me seco las lágrimas.

—¡Claro, todo el mundo! —ríe—. ¿Saben lo que pasó con la ambulancia? —nos pregunta con aire entre misterioso y divertido.

—¡Cuenta, cuenta! —chilla Felicia, incorporándose al igual que Mari y Elizabeth—. ¿Se chocaron?

—¡Qué va! —niega sonriente—. Dicen que iban a toda velocidad hasta que apareció un perro gigantesco en la carretera y tuvieron que parar. Los paramédicos que la acompañaban tuvieron que bajar a echarlo y por accidente dejaron la puerta abierta y se metió un venado...

—¿Un venado? ¿Tú me estás hablando de un jodido venado? —grito, interrumpiendo—. ¿Qué hace un venado en plena carretera de ciudad?

—Nadie lo sabe, todos se preguntan lo mismo. Salió de la nada y se metió en la ambulancia junto a ella que no dejaba de gritarle «¡Hola, Bambi!», mientras se quedaba dormida de a poco. Tuvieron que batallar un buen rato para sacarlo de allí y, al fin, llevarla al hospital.

—¡Oh mi, Dios! ¡Un venado! —exclama Mariela.

Mis otras dos amigas y yo no podemos pronunciar palabra porque nos estamos riendo históricamente y cualquiera que nos viera creería que nos escapamos del psiquiátrico. Elizabeth no puede más, se deja caer de la silla y sigue retorciéndose en el suelo mientras yo me cubro la boca con la palma de la mano ya que puedo jurar que parezco un caballo y Felicia apoya los brazos en la mesa donde esconde su cabeza provocando que se escuchen ahogadas carcajadas. Mariela y Ruth hablan con una sonrisa divertida en el rostro, al igual que todas las demás chicas que van llegando al comedor.

Las puertas de este se abren con brusquedad y camina con paso enérgico un muy enfadado Maximilian Kersey.

—¡Tú! —me señala con el dedo a lo que yo solo me callo y abro los ojos como platos—, al aula de Francés ¡ahora mismo! —grita furioso y sigue su camino.

¿Pero qué demonios hice yo ahora?

Como si fuera hecho a propósito la cafetería está en silencio absoluto; podrías escuchar un lápiz caer sin ningún problema. No es raro que después de ese espectáculo todas las chicas en el lugar me miren con expresiones entre confundidas y nerviosas. Nadie se ríe, nadie habla. Esto es fabuloso, ¿Max no podría haberme pedido ir al aula sin hacer tanto espectáculo? Apuesto a que ahora esta situación y yo seremos el tema de cotilleo por lo que queda del día.

—Genial —ironizo, mientras me pongo en pie y tomo el bolso morado de la mesa.

—Madeline, ¿hiciste algo?

La pregunta de Mariela y su tono de sorpresa me hacen detenerme y mirarla con el ceño fruncido.

—Mari, por favor, ¿yo? ¿Yo voy a hacer algo que me perjudique el rendimiento?

Bien, jamás lo haría. La única imprudencia que he cometido en cuatro años y estos meses es haber ido a decir lo de Max y la profesora.

—Está molesto —murmura Ruth, mirando en la dirección por la que se fue Maximilian.

Yo miro igual mientras me muerdo el labio inferior. Debe estar esperándome, ¿qué quiere?

—Está como quiere —giro mi cabeza de golpe ante la frase y miro a Lizzie con sorpresa—. ¡Oh, vamos! ¿Me van a decir que

no? La forma en la que presionaba sus manos en puños hizo tensar sus brazos y esos músculos se le vieron... Lo siento, Mad-die, pero es la verdad. —Felicía choca su hombro con el de ella bruscamente sin dejar de mirarme—. ¿Y eso qué?

—Deberías pensar más lo que dices, Elizabeth —la regaña mientras niega con la cabeza.

—Me voy ya. No quiero que ese estúpido me venga a armar otra escenita —doy la vuelta y empiezo a caminar sin escuchar respuestas.

Sigo bajo la atenta mirada de las alumnas hasta atravesar la salida. Suspiro, camino recto hasta las escaleras para subir a la segunda planta y continuar en línea hasta el aula. Me asomo ligeramente y puedo descubrir el salón con los pupitres vacíos y decorado con un Maximilian andando de un lado a otro mientras habla muy enfadado por teléfono. En una de sus vueltas me ve y con un movimiento de cabeza indica que entre. Camino en silencio y dejo mi bolso en el famoso asiento al lado del escritorio para esperar a que termine la llamadita que lo tiene tan molesto.

—No, yo te lo dije. ¿Podrías madurar? ¡Ya tienes 19, grandísimo imbécil! —grita sin dejar de caminar y se pasa una mano por el sedoso cabello castaño—. No, me interesa una mierda, ¿qué parte no entiendes? Me tienes jodido con tus estupideces, McClane. Espera a que se enteren... Sí, les diré... Haz lo que se te pegue la gana, no te soporto más... Jódete, adiós —cuelga de golpe y ahora se tira de los mechones con ambas manos—. Maldito hijo de... —masculla sin completar.

Está en su mundo, no creo que recuerde que sigo aquí. Me aclaro la garganta y levanta la cabeza para mirarme fulminante.

—Te dignaste a llegar, ¿eh? Ya era hora —camina y se sienta en el escritorio frente a mí.

—¿Por qué me mandó a llamar?

Es mi profesor ahora. Respeto, no hay de otra.

—Iré directo al grano, Madeline. ¿Tú tuviste algo que ver en lo que le pasó a la profesora? Descubrimos que el inicio de las escaleras estaba lleno de aceite de cocina y, en realidad, la directora no quería hablar con Rebeca; todo fue planeado. ¿Algo de esto tiene que ver contigo?

—¡No! —¿*Me está jodiendo?*—. Jamás haría algo así, no me atrevería. Nunca, lo juro.

¿Cómo me puede acusar de algo así?

—Madeline, yo no me quiero enterar de que has sido tú o esto se pondría muy...

—Con todo respeto —interrumpo poniéndome de pie—, debe creermelo cuando le digo que yo jamás..., pero jamás, me atrevería siquiera a pensar en hacer algo así; es jugar con la salud y bienestar de una persona.

—Exacto: eso fue hacer peligrar el bienestar de un ser humano, independientemente de ser Rebeca o no.

—¿Por qué sospecha de mí? —cruzo los brazos en mi pecho y lo miro ofendida—. ¿No entiende que las calificaciones son lo más importante en mi vida? Es rotundamente imposible que yo me atreva a arriesgar mi futuro por hacer una ridícula bromita —resoplo.

Me siento indignada como nunca antes.

Él, de repente, sonrío; una maldita sonrisa llena de perversión que es nueva entre sus gestos habituales. Se pone de pie provocando que ahora yo lo vea hacia arriba y solo nos separen un par de centímetros de rozar nuestros cuerpos. Se atreve a acariciar mi mejilla suavemente con el dorso de su mano y yo trago saliva con los ojos muy abiertos. ¿Qué está pasando? Su tacto gentil me tensa y, a la vez, no puedo evitar concentrarme en lo extrañamente agradable, pero terrorífica, que resulta esa caricia.

—Tus notas son lo más importante para ti, ¿no? —dice con su voz ronca y en sus ojos ahora ensombrecidos se puede detectar enojo—. Con que ese es tu punto débil, cariño... —Vuelve la sonrisa retorcida que me da escalofríos.

Doy un paso hacia atrás chocando contra el pupitre y lo miro con duda y bastante miedo. ¿Qué diablos le pasa? ¿Está loco?

—Yo..., yo..., cu..., eh... —balbuceo—. ¿Qué?

—Nada, angelito. Ya puedes irte, no te molestaré más.

Sin entender absolutamente nada, cojo el bolso con manos titubeantes y salgo pitando sin atreverme a mirar atrás.

¿Qué pasó allí? ¿Qué fueron esos apodos tan raros? No entiendo su actitud, no entiendo sus últimas palabras, no entiendo nada y eso me estresa mucho. Me dispongo a bajar las escaleras cuando escucho el timbre para que entremos a clase y, de inmediato, repaso mentalmente mi horario de hoy: Literatura.

Estoy muy concentrada leyendo. La profesora tiene su propio libro también y mis lindas compañeras están bien portaditas. Suspiro y paso la página. Me encantan los libros; amo leer y cuando digo que amo es que adoro con todo mi ser la lectura. Es mi adicción. Desde que llego del colegio hasta altas horas de la noche, me la paso encerrada en mi cuarto con las luces apagadas y mi tableta con su biblioteca virtual. Se sorprenderían de la cantidad de libros que me he leído desde los 12 años hasta ahora.

Segundos después, vuelvo a alzar la vista porque por el rabillo del ojo detecté un movimiento. Cuando giro la cabeza hacia la derecha puedo ver a Felicia desde una esquina del salón, que muy rápidamente se levanta de su asiento y con bastante fuerza me tira algo que me pega en el costado derecho y cae a mi pupitre haciendo considerable ruido, para luego ella sentarse y volver su vista al libro.

Me tiró una especie de pegamento en barra.

—¡Joder! ¿Tengo cara de la mochila de Dora la Exploradora?
—espeto para mí misma acariciándome la cabeza.

—Madeline, silencio.

—Disculpe, profesora.

Cuando esta deja de mirarme me vuelvo hacia atrás para observar a Felicia tratando de reprimir la risa. ¡Qué lindo! Tomo el gran tubo rojo de plástico y le quito el pedazo de hoja de papel que tiene envuelto. Rápidamente lo escondo debajo del pupitre mientras leo:

Q t dijo Max? Te regañaron?

PD: Quieres ir al cine el sábado? Mari llevara al tal Josh

De la parte de atrás de mi cuaderno arranco un papel y con lapicero azul escribo:

Claro, iré, quiero conocer al chico. Sabes qué hay que hacer si no está interesado de verdad en Mari, ¿no? La ida con Max sí fue por Rebeca pero, relájate, no pasó nada grave. No tuve vela en el entierro y no puede hacerme nada.

Posdata: ¿Cómo demonios estás en último año del cole con esa cacografía?

Posdata 2: ¡Espero que te duela, estúpida!

Meto el mensajito en la tapa del pegamento para luego cerrarlo y lanzarlo con toda la fuerza de mi brazo. Le pega en la cabeza y ella se cae del pupitre de golpe. Rápidamente me llevo la mano a la boca para reprimir la risa mientras que todas miran a Felicia en el suelo.

—Morales, ¿está bien? —le pregunta la maestra, viéndola con extrañeza por encima de sus lentes de lectura.

—Sí, profesora... —responde entre dientes y por el rabillo del ojo observo que me fulmina con la mirada para luego sentarse con el pegamento en la mano.

Mi risa aumenta y tengo de esconder la cabeza entre mis brazos para que no se den cuenta.

Hoy ya es viernes. ¿A ustedes no les pasa que la semana se les hace eterna? ¿No quiere avanzar y dar paso al fin de semana? Yo y creo que todos por igual lo hemos sentido y más de una vez. Es normal en la adolescencia no querer pasar tiempo en las cárceles con pizarras que llaman «colegios».

—Es la campana, vámonos —me pongo de pie al igual que Mariela y Lizzie y caminamos con paso rápido a nuestra clase de Matemática—. No voy a esperar a Felicia. Capaz decidió faltar y nosotras llegando tarde por su culpa.

Nos posicionamos en nuestros asientos habituales —amigas locas atrás, Madeline enfrente— y esperamos hasta que llega el amargado profesor y nos manda a callar para sentarse en su escritorio.

Escuchamos los avisos por el altavoz:

«Buen día, queridísimas estudiantes, se les informa lo siguiente: entre la cuarta y quinta lección se les hará llegar una circular con el calendario de las siguientes pruebas que comienzan en dos semanas. Deben traerla firmada o recibirán una boleta. Les comunicamos que la profesora Rebeca estará incapacitada por varios meses debido a su incidente en las escaleras, así que el joven Maximilian Kersey será su suplente. Le enviamos nuestros más sinceros agradecimientos, Max. Eso es todo por el momento, que pasen buenos días».

Su voz hace eco en el silencio general que tiene el colegio, pero luego, automáticamente, empiezan a cuchichear las chicas.

—Bien, ya, ¡silencio! —regaña el profesor con voz irritada y no lleva ni dos minutos impartiendo clases—. Silencio, señoritas, ya, suficiente. Abran su libro en la página cua...

Se calla al igual que todas las demás cuando de pronto entran Felicia y Ruth al aula con otras tres chicas. Se ven agotadas, están despeinadas, con el uniforme desarreglado, con manchas negras de... ¿grasa?, en la piel y algunas hasta jadean. Demonios, parece que las hubieran asaltado y luego empujado a un charco para levantarlas y meterlas en el camión de la basura.

Se escuchan algunas burlas y risillas por parte de las alumnas.

—¿Qué son estas horas de llegar a clases y con esas apariencias? —ríe el maestro.

—En serio discúlpenos, profesor, pero surgió un inconveniente con el transporte —se justifica una de las chicas—. Aquí está la nota del chofer por si no nos cree —ofrece un papel amarillo con expresión suplicante.

—A sus asientos, ahora.

Desde mi lugar me giro para mirar hacia atrás y, cuando la cansada mirada de Felicia cae en mí, articulo con los labios «¿qué pasó?» a lo que ella solo hace un gesto con la mano, diciendo que me explicará más tarde.



—¿Nos contarás qué te ocurrió? —le pregunta Lizzie a Felicia cuando esta llega de arreglar su aspecto en el baño—. ¡No me digas que se dañó la buseta! —adivina apoyando sus codos en la mesa, se inclina hacia delante y la mira con diversión.

—Adivinaste —bufa de mal humor, desparramándose en la silla del comedor—. El marihuano hijo de su madre de Don Paco decidió no llevar la microbús a revisión técnica y cuando veníamos de camino le falló algo y no pudimos llegar a tiempo.

Don Paco. La mención de ese apodo inmediatamente me saca una sonrisa. Él es el chofer de la buseta en la que viaja mi amiga con Ruth y decenas de chicas más. Es un señor ya mayor al que

Felicia detesta con todo su ser; dice todo menos bonito de él y hasta cuenta que de seguro es un *marihuano*. Siempre que la veo triste por algún motivo, hago algún chiste acerca de Don Paco.

Una vez le dije que él era un narco que llevaba droga a la frontera. Duramos varios minutos riéndonos sin parar.

—Pero, ¿por qué vinieron tan desarregladas? —murmuro entretenida con lo que se debe avecinar.

—¡Uy, chicas! —gime Felicia cruzando los brazos en su pecho—. El muy maldito nos hizo empujar la buseta un kilómetro hasta un taller mecánico...

—¡Jamás! —ríe Mariela—, ¿por eso traías esas manchas negras en las piernas y la cara?

—Esa porquería estaba más sucia que el cuarto de Madeline y me llené toda de grasa. ¡Agh, malnacido!, ¡cada día lo odio más! Si mis padres tuvieran la decencia de permitirme usar mi auto para venir a clases, no tendría que viajar con ese imbécil.

Nos empezamos a reír y seguimos bromeando con Don Paco. Por el rabillo del ojo detecto una gran silueta azul con negro y cuando miro de soslayo me doy cuenta de que es Max. Está apoyado casualmente en una esquina de la cafetería, tiene los brazos en el pecho, su intensa mirada puesta en nuestra mesa y el semblante serio.

Acosador.

Ninguna se ha dado cuenta de que nos observa con atención y sin disimulo. Tiene esa mirada de las que tienen los psicópatas en las películas, por lo que me comienzo a remover nerviosa en la silla hasta que suena el timbre de entrada y él sale disparado de la cafetería.



—Bien, señoritas, copien los ejercicios y comiencen a resolverlos —ordena él, cerrando el marcador de pizarra y sentándose en su escritorio.

Dirijo mi vista a la libreta y empiezo. No entiendo muy bien pero igual lo intento. No es por justificarme pero el hecho de tener a Maximilian observándome con intensidad en este preciso momento no ayuda mucho a mi concentración.

Suspiro y me acomodo mejor en la silla, pero nada parece ayudarme. ¿Qué demonios me mira tanto? Juro que eso me incomoda demasiado. Soy alguien insegura por dentro y que me mire tanto me hace preguntarme qué tengo o estoy haciendo mal.

Segundos después me doy por vencida. No puedo así. Igualmente, ya casi tocan el fin de la clase y no dará tiempo de que revise la práctica. La haré en casa.

Sin nada más que hacer, empiezo a escribir estupideces en la parte de atrás de mi cuaderno. En este caso, comienzo a hacer una lista de cosas «curiosas» sobre mí:

1. Soy virgen y pienso morir siéndolo.
2. Nunca he tenido novio.
3. No creo en el amor ni lo voy a hacer.
4. Me fascinan los libros eróticos.
5. Nunca he sacado menos de 8 en mi vida.
6. Am

Estoy a punto de seguir cuando una gran mano se estrella justo donde estoy escribiendo. Aterrorizada, subo la mirada para encontrarme con sus ojos azules que me miran con diversión y burla.

—Señorita Cascadas, al parecer no está siguiendo mis indicaciones y no está trabajando —comenta con una ligera sonrisa.



Todas las chicas miran atentas el espectáculo.

—Tiene una boleta de -5 puntos en conducta.

—No, no profesor, ¡por favor! —¡Mierda! No, no, no, ¡no es para tanto!—. Discúlpeme, por favor. No lo vuelvo a hacer —suplico desesperada a su mirada entretenida—, por favor. ¡Por favor!

—Lo siento, señorita —arranca la hoja de mi cuaderno y se va a su escritorio con ella.

Escondo la cabeza entre mis brazos mientras respiro profundo para calmar las ganas de llorar. Mi madre me matará cuando recoja las notas; tengo dos boletas y ambas en Francés. Estoy de mal en peor. *Maldito sea Max una y mil veces. ¡Maldito sea!* Necesito tranquilizarme, porque juro que comenzaré a berrear.

Paso así el resto de la clase hasta que tocan el receso y me levanto con mis cosas. Tengo las mejillas rojas y los ojos aguados.

Me dispongo a salir pero él me hace detenerme en seco.

—Madeline, venga —me acerco sin ganas—. Creo que debería preocuparse más por su rendimiento, este ha caído y usted debe dar el ejemplo. Espero, por su bien, que no se vuelva a repetir lo de hoy, aunque no me desagrada la idea de bajarle más puntos. —Me ofrece mi papel y yo lo cojo sin decir nada mientras salgo del salón.

Tomo asiento en la primera banca que encuentro y sigo respirando profundo. Tomo el maldito papel que causó esto y lo abro. Al lado de mis frases hay otras escritas con tinta verde y una caligrafía malditamente perfecta:

1. Soy virgen y pienso morir siéndolo. **Deberías cambiar tu pensamiento al respecto.**
2. Nunca he tenido novio. **No tienes porque no quieres, te lo aseguro.**

3. No creo en el amor ni lo voy a hacer. **Eso dices ahora.**
4. Me fascinan los libros eróticos. **Muy interesante... me gusta.**
5. Nunca he sacado menos de 8 en mi vida. **Eso por ahora, angelito.**
6. Am

Leo las mismas palabras más de cinco veces mientras siento estos escalofríos, cada vez más frecuentes, estremecer mi cuerpo. Está más que claro que sus amenazas van dirigidas a mis calificaciones y eso me aterroriza como nada en el mundo.

Yo, ¿debería preocuparme mucho?

Él es un sustituto, mi profesor temporal. Max no puede hacer nada que me perjudique, según creo yo. Sí puede mandarme boletas como el día de hoy cuando yo estoy haciendo algo incorrecto. Sí, es verdad, yo tenía que haber estado trabajando y me puse a hacer estúpidas listas. Nadie me tiene de irresponsable. Siempre todo con respecto a mis notas dependerá de mí y yo me estoy desconcentrando últimamente.

No más distracciones a partir de ahora, volveré a ser la de antes.

Me levanto sin ganas de la banca y cuelgo la mochila en mi hombro. Atrapo detrás de mi oreja un mechón de cabello que se escapó de la coleta y camino hasta la cafetería luego de tirar el papel en un basurero cercano. Abro la puerta y lo primero que noto es a un grupo de chicas reunidas observando algo que debe de hallarse en el centro. Pongo mi maletín en la mesa de siempre y, con curiosidad, me escabullo entre los cuerpos hasta que diviso a una chica.

Es Dayana, amiga de Estela y Vanesa junto con otra chica llamada Ashley; son muy buenas amigas tanto como Felicia, Lizzie, Mari y yo. Nuestros dos grupitos se han llevado bien siempre.

Elas son muy simpáticas y sus risas también resuenan en la cafetería.

Dayana está tirada en el suelo donde se sacude como loca de un lado a otro, mirando al techo fijamente con la boca abierta y su cuerpo estremeciéndose, brusco, mientras se escuchan algunas risas de parte de las que la observan. Por momentos, sus pies se lanzan hacia arriba y todo su cuerpo se sacude por temblores y retorcijones.

Encuentro un rostro conocido al que le toco el hombro con ansiedad hasta que se voltea:

—¿Qué está pasando? —le pregunto a mi amiga.

Felicia me observa con una ceja arqueada y la cara seria, como diciendo «¿No es obvio?». Yo la miro con insistencia y ella se bufa.

—Está convulsionando, Madeline —responde con voz fastidiada y se gira para seguir viendo el espectáculo.

¿Me joden? ¿Convulsionando? ¿Dayana está convulsionando allí en el suelo y ellas solo la observan y se ríen y...? ¿Convulsionando de verdad? Comienzo a marearme y me apoyo en una mesa. El horror provoca un nudo en mi garganta y otro más fuerte en el estómago. ¿Qué hago? ¿Esto en verdad está pasando? ¿Qué demonios hago?

¡Vamos, Maddie! ¡No entres en shock ahora, demonios!, me grito interiormente, mientras las carcajadas y los gritos continúan.

Respiro profundo un par de veces por la boca pero no consigo quitar mi sensación de pánico. ¡Maldición!, ¡Dayana se puede morir! ¿Qué coño hago?

Como acto reflejo, doy la vuelta y salgo corriendo como alma que lleva el diablo de la cafetería. En un momento, me enredo con mis propios pies y casi caigo. Me paro en seco y miro hacia todos lados. ¿Dónde demonios se meten los maestros cuando los necesitas? ¿Se estará muriendo? ¿Esto está pasando de verdad?

Gracias a mis súplicas internas, aparece Max caminando tranquilamente por el pasillo y corro hacia él con desesperación.

—¡Max! —grito y lo tomo fuertemente del brazo—. ¡Ayúdame!

Me mira con los ojos como platos al igual que el resto de las chicas, que me esquivan para seguir caminando.

—¡Dayana Quesada está convulsionando en la cafetería! ¡Tiembra mucho y se sacude y...! —chillo, apretando más fuerte el agarre y empiezo a tirar de él hacia el lugar—. ¡Hay que hacer algo! ¡Vamos!

—Tranquila, tranquila, Maddie. —Entonces su rostro muestra confusión, pero su característica seguridad vuelve de inmediato—. ¡Vamos!

Estábamos a solo unos cuantos pasos así que llegamos rápido y abrimos la puerta de golpe para correr hasta el grupo. Cuando ven a Max algunas corren a sentarse en las mesas y otras lo miran casi babeándose encima. ¿No entienden lo que está pasando? ¿Qué está tan mal en las cabezas de estas chicas?

—¿Qué sucede aquí? —exige él con su voz ronca, plantándose frente a las chicas.

Dayana rápidamente se levanta del suelo y lo mira avergonzada.

—¿Estás bien? —me acerco y comienzo a examinar su cuerpo detenidamente para luego estrecharla entre mis brazos al tiempo que ella me mira como si hubiera perdido la cabeza.

—¿Pero qué estaba pasando? —insiste el ojiazul, claramente molesto mientras cruza sus brazos en el pecho.

—Profe, es que Dayana nos estaba mostrando un nuevo baile—responde mi compañera Estela, dando un paso hacia delante—. Las chicas empezaron a aglomerarse alrededor para verla. Solo estábamos tonteando, lo sentimos.

¿Baile? ¿Qué...? No me jodan. Busco con mi mirada a Felicia, que está en una esquina desencajada de la risa. Se sostiene de una columna para no caerse. *¡Esta maldita perra!* ¡Esta me las paga! ¿No sabe el gigantesco ridículo que acabo de hacer? ¡Jesús!

La preciosa mirada del hombre que tengo al lado baja hasta mí y me observa con una ceja arqueada.

—¿No estaba convulsionando? —pregunta divertido, y las alumnas cercanas se empiezan a reír como desquiciadas.

Las carcajadas de Felicia resaltan sobre las demás.

La mataré. Juro que lo haré.

Mis mejillas se enrojecen violentamente y agacho la mirada. En este momento solo quiero que me trague la tierra. Max me sigue mirando y se nota que contiene sus ganas de reír como todas las demás.

—Maddie, ven —pasa su brazo por mi cintura y sutilmente me empieza a empujar hasta que llegamos a la esquina de la cafetería, donde se coloca frente a mí—: ¿Qué fue lo que sucedió aquí?

—Yo... Felicia..., ella... dijo...

—¡Ya, entiendo! —lo miro sorprendida y algo aliviada—. Si solo querías hablarme no hacía falta que te armaras un numerito, con buscarme en el salón bastaba —sonríe juguetón mostrando sus dientes.

—¡No fue así! —mis mejillas vuelven a enrojecer y me acaloro. Luego escucho un sonido muy agradable a decir verdad: Max se está riendo a carcajadas—. Yo simplemente... Vine y... Es que... —Me mira directo a mis ojos miel con sus hermosas gemas azules. Suspiro resignada—. ...Solo olvídalo. —Me doy la vuelta y camino avergonzada hasta mi mesa, escuchando detrás las carcajadas de Max y una que otra de las chicas.

Si mañana la señorita Felicia Morales aparece colgada de un puente a las 2:58 de la madrugada, quiero aclarar que no fui yo.



El viento furioso de la ciudad me desacomoda unos mechones de la coleta. Ya estoy acostumbrada a peinarme así por el colegio y no me siento cómoda de ninguna otra forma. Resoplo y trato de acomodar el pelo hacia atrás mientras cruzo a pie el estacionamiento hasta la entrada del centro comercial. Mark, mi padrastro, me vino a dejar por petición de mi madre.

Es sábado e iré con las chicas y el tal Josh al cine.

Mis locas favoritas y yo ya tenemos el plan ideado para hoy; hicimos nuestra confabulación femenina. Vamos a evaluar al chico de Mari —obviamente con su consentimiento— y luego, al final del día, decidiremos entre las cuatro si el tipo vale la pena para una relación seria.

Tenemos un grupo en WhatsApp llamado «Ángeles de Charlie 2.5» —debo señalar que Felicia fue la que le inventó el chistoso nombrecito hace años— donde nos enviamos mensajes sobre las actitudes del chico y su comportamiento durante la salida. Mariela también está incluida en el grupo, pero, como es la interesada en el joven de turno, solo puede leer las críticas y no se debe entrometer en la inspección. Nuestras reglas, nuestro plan, siempre lo hacemos. No se imaginan a cuántos chicos les hemos hecho esta «inspección».

Definitivamente estamos mal de la cabeza.

Me introduzco en el gigantesco centro comercial de tres plantas y sigo derecho, mientras esquivo a las pocas personas que se pasean por ahí. Doblo a la izquierda y camino hacia las escaleras eléctricas que me llevan a la segunda planta donde se encuentra el cinema. Lo primero que te llega es el olor a palomitas de maíz

y caramelo. Al lado izquierdo, se observan solo cuatro o cinco personas que hacen cola para comprar entradas.

Miro a la derecha —donde se encuentran algunos sillones alrededor de una mesa— y allí sentadas están las chicas con la vícti..., disculpen, con Josh. Sonriente, camino hasta ellos. Las chicas se ponen de pie con rapidez y tiernos gestos de niñas angelicales.

—¡Hola! —saludo acercándome.

—¡Maddie! ¡Al fin! —exclama Felicia y las tres babosas me abordan en un improvisado abrazo—. Pero qué guapa está mi amiga... —Me guiña un ojo y yo río.

Que esta estúpida no crea que se me olvidó su «bromita» en el colegio que me hizo humillarme tanto. Sigo pensando qué usar de venganza.

—Bueno, ya, ya —miro al chico que está de pie con las manos en los bolsillos del pantalón mientras espera a que termine nuestro saludo—. ¡Hola! Un placer, tú debes de ser el famoso Josh. —sonríó y me acerco para darle un beso en la mejilla—. Soy Madeline pero puedes decirme Maddie. Encantada.

—Un placer, guapa —saluda con una sonrisa inmensa.

Yo finjo una igual mientras arqueo una ceja.

Bien, el chico es muy apuesto y eso nadie se lo quita: mandíbula cuadrada, un hoyuelo en la barbilla, tez blanca con labios rosados delgados, nariz griega y ojos de una mezcla entre verde y marrón, muy lindos. Cabello castaño oscuro corto y peinado hacia arriba y es pequeño de estatura pero tiene bastantes músculos.

Tengo la ligera impresión de que lo he visto antes. No lo sé, se me hace familiar su forma de hablar y de expresarse e, incluso, se me hizo conocida su colonia. Se nota que es un chico bastante coqueto y eso me preocupa, aunque no más que el hecho de sentir un aire familiar en él.

Antes de entrar a la sala de cine, siento una vibración y saco mi celular para encontrar el primer mensaje de hoy en el grupo de WhatsApp:

Lizzie: Está guapo... Es un punto!!!! e_e

Yo: Sí, pero a mí me dio la impresión de mujeriego :S

Lizzie: Es verdad, pero no lo sabemos con certeza, así que no podemos decir nada.

Felicia: Soy la única a la q se le hizo conocido????

Admito que parecemos estúpidas hablando así pero es la única manera de que él no sospeche. Entramos a la sala iluminada por las propagandas de la pantalla y subimos las escaleras hasta la última fila. Solo hay una o dos personas dispersas en los asientos de abajo, lo demás está vacío. Nos sentamos, dejando a Josh en el centro y dos chicas a cada lado: Mari y yo a su derecha y Felicia y Lizzie a su izquierda. Retomo la conversación con las otras tres mientras la enamorada —creo yo— habla alegremente con el chico que está desparramado en su asiento.

Yo: ¡A mí también me pareció familiar! Siento que lo conozco desde antes..., no sé si será por su físico.

Felicia: Definitivamente tiene un aire conocido.

Lizzie: Creo q necesitamos más información de él.

Levanto la mirada de la pantalla para inclinarme un poco hacia delante y observar a la izquierda, a las otras dos chicas que me miran mientras asienten con la cabeza. Yo asiento también y le toco el hombro a Mariela para que me mire y deje su plática.

—Información —susurro rápidamente en su oído a lo que ella asiente y saca su móvil.

Empieza la película y, para distraerme un rato mientras espero, comienzo a mirarla. Minutos después, siento la vibración en el muslo donde tengo mi teléfono y lo tomo:

Mariela: Su nombre es Josh McClane. Estudia en Monteur. Es amigo de mi primo Alex quien fue el que me lo presentó. Es estadounidense: sabe español e inglés obviamente. Tiene 19 años y vive con su primo porque sus padres siguen en Estados.

Felicia: No me jodan!!! Estudia en Monteur!?? :v

Lizzie: Dios qué horror...

Yo: Ya, chicas, no podemos criticarlo por eso. No sería justo. Inmediatamente, su apellido resuena en mi cabeza .

Yo: Ese apellido lo he escuchado antes. De verdad... lo he oído.

Felicia: Enserio? Yo no :P

Lizzie: Yo tampoco.

Mariela sigue hablando con el chico luego de enviarnos el mensaje, ya que ella no puede interferir más. No prestamos atención a la película y las cuatro nos sumergimos en una conversación sobre él para evaluarlo a fondo.

Me sigue molestando la manera en la que nos dice cumplidos descaradamente, aunque las chicas dicen que solo exagero. Aunque debo admitir que nos hizo reír mucho durante la película.

Cuando la pantalla se apaga, bajamos las escaleras y salimos riendo, aunque yo no tanto. Sigo pensando por qué demonios todo con respecto a este adolescente me parece tan conocido.

—Chicas, Josh y yo iremos a dar un paseo. No les importa, ¿verdad? —pregunta Mari casi en tono de súplica. Josh le rodea la cintura con el brazo frente a nosotras en la salida del centro comercial.

—Está bien, vayan tranquilos —una muy sonriente Felicia responde, provocándome bufar por esa sonrisa tan falsa.

—¡Gracias! —Se acerca hasta nosotras y nos abraza a las tres al mismo tiempo—. Hablamos más tarde, quiero el análisis

completo en la noche —murmura para que solo nosotras la escuchemos.

—Un placer conocerlas, lindas —nos sonrío coqueto y luego se alejan.

Mi crítica será severa y justa: aspectos buenos y malos del chico. Siempre soy la jueza «cruel», pero no importa mucho, solo quiero lo mejor para mis amigas.

Nos damos la vuelta para adentrarnos de nuevo en el mall —ya que decidimos ir a la zona de comidas mientras compartimos nuestros comentarios sobre él—, pero un chillido agudísimo e insoportable provoca pararnos en el acto y voltearnos furiosas:

—¡Miren, chicas! ¡Pero si son las monjas del Sacrilegio! ¿Se escaparon, virgencitas? —se escuchan risas estúpidas que me irritan de sobremanera.

La incomparable y única en el mundo —¡bendito sea Dios por eso!—, Katherine Guerrero y sus huecas seguidoras. Ya se imaginan, es la típica zorra que se le tira encima a todo ser viviente y, obviamente, tenía que estudiar en Monteur y tenernos la guerra jurada. Enana como las otras, pelo rubio —que se nota que es falso a millas—, un buen cuerpo que nadie le puede negar, pero esa maldita voz de globo desinflándose y su forma de vestirse la hacen parecer sacada de una película para adultos; pierde su encanto ante la sociedad pero nunca para los desesperados que necesitan dónde meterla y Kate parece la perfecta elección de momento.

Lizzie, Felicia y Mariela se la encontraron en la famosa fiesta de la que llegaron con una terrible resaca. ¿Se acuerdan? ¡Claro! ¿Cómo olvidar el moco en la cara de Felicia y el mal humor de Elizabeth a la mañana siguiente? Pues, Kate fue la rubia de la que me contó Mariela por teléfono; insultó nuestro colegio en la fiesta y, cómo no, Lizzie se le plantó y la dejó bien calladita y humillada. Desde entonces existe la rivalidad entre esas dos.

—¿Se escaparon del convento? —se burla una chica a su lado izquierdo a la que conozco perfectamente: Laura.

Pelirroja e igual de zorra que sus otras dos amigas. A esta maldita yo sí le tengo la guerra asegurada desde que esparció el rumor entre los alumnos de su colegio de que yo estaba «necesitada» y «aceptaba cualquier oferta con tal de que me cogieran». ¿Se llegan a imaginar lo que sucedió cuando el chisme llegó a mi barrio y a los oídos de mi mamá? Me importa un pepino lo que los demás piensen de mí, pero, el sermón, regaño y grito que me dio mi madre cuando escuchó esa barbaridad me provocaron una repulsión tremenda hacia ella.

Al lado derecho de Kate está la famosa Sheyla Morales: estúpida y chismosa prima de Felicia. Igualmente mal teñida y con humos de superioridad. Las primas Morales se aborrecen por los motivos obvios —distintos colegios y estatus económicos—, pero frente a la familia deben aparentar no querer arrancarse los pelos, aunque aquí no está la familia, ¿verdad?

—¿Ustedes no deberían estarse prostituyendo en algún lado? —suelta con asco Felicia, mientras los dos grupos nos acercamos hasta estar cara a cara y mirar cada una a su rival de manera desafiante.

—¿Y ustedes no deberían estar haciendo caridad? —se burla Kate, poniendo las manos en sus caderas.

—Pensé que a las monjas no las dejaban salir —ríe Shey.

Solo nos dicen monjas porque nuestras faldas tienen un largo decente, no como las de ellas.

—Y yo pensé que ustedes no se ponían sus trajes de putas hasta la noche —sisea Felicia con odio.

—¡Laura, oye, pero qué linda tanga! —finjo emoción mientras señalo el diminuto short que trae puesto y mis amigas ríen—. Y..., oye..., ¿se te encogió esa blusa en la secadora? —pregunto con inocencia y escucho más carcajadas.

—Cállate, ¿no deberías estar estudiando, rata de biblioteca? —masculla la pelirroja mientras me mira con desprecio—. Jamás tendrás novio, solo mírate, estás gorda —farfulla luego de escanearme.

—Es mejor ser una «gorda» que una sobrada —le responde Elizabeth por mí mientras se cruza de brazos y sonrío de forma maliciosa.

Gracias a Dios que el centro comercial está casi vacío, prácticamente nadie pasa por la entrada y los que lo hacen nos esquivan y siguen su vida.

—Por lo menos, yo he estado en la cama con un hombre —bufa Kate.

—Oh, cariño, todo el mundo sabe que has estado en la cama con un montón de hombres, tranquila —tercio.

—¡Son unas malditas lesbianas! —chilla Shey con esa voz que tienes cuando tu nariz está tapada por un resfriado.

Dios..., cómo detesto que nos llamen así. ¡No por estudiar con mujeres somos lesbianas! ¡Y eso ni siquiera es un jodido insulto!

—Y ustedes unas putas regaladas —responde Felicia como si fuera lo obvio y yo suelto una carcajada.

—¡Por lo menos yo sí sé lo que se siente tener a un montón de hombres detrás de mí! —ruge Laura con odio—. A ustedes no se les acercan ni los perros —ella y las otras dos empiezan a reír.

—Linda, cuando los hombres necesitan meterla les sirve hasta un maniquí y, como tú eres más fácil de conseguir que uno, van tras de ti —suelta Elizabeth, haciendo que ellas paren sus risas y ahora nos burlemos nosotras mientras chocamos orgullosas los cinco.

¡Sí se puede! ¡Derroquen a las zorras!

—¡Cochina lesbiana! ¡Me das asco, Elizabeth de la Rosa!
—grita Kate con la mirada que arde—. Jamás tendrás a nadie por lo horrorosa que eres... ¡Solo mírate, pareces gótica!

¡Oh, mi Dios! En serio la estúpida no debió decir eso. Felicia y yo nos miramos al mismo tiempo con los ojos como platos y ella gesticula un «Está jodida» a lo que yo asiento con la cabeza. Rápidamente volvemos a mirar hacia delante donde Lizzie se le acerca peligrosamente a las chicas y estas empiezan a retroceder.

—¡¿Qué mierda dijiste, maldita rubia de bote?! —grita fuera de sí y, con una fuerza inhumana, le pega a Kate un violento rechazo que la hace caer de golpe al suelo y sollozar. Sus amigas chillan y se avientan a ver si está bien. Kate levanta la cabeza y se puede ver la sangre saliendo de su labio y nariz—. ¡No te vuelvas a meter conmigo o mis chicas porque la nariz no será lo único que te rompa, puta! —se da la vuelta y comienza a alejarse.

Entre carcajadas estrepitosas Felicia y yo la seguimos, pero oímos una voz detrás.

—Que les vaya bien en el convento, monjas —se sigue burlando Kate desde el suelo con la respiración agitada y la mano manchada de sangre.

Inmediatamente Felicia se detiene y da la vuelta, para responder con fingida emoción:

—¡Adiós, nenas, suerte en el prostíbulo!





Maximilian

Suspiro y paso la página para encontrarme con más palabras mal escritas e, incluso, una que otra en inglés. Me encuentro encorvado con el codo apoyado en el escritorio de mi habitación y mi barbilla sobre este; tengo un lapicero verde en mi mano derecha mientras estoy revisando los trabajos que les pedí a las alumnas de primer año. Me encuentro a muy poco de agarrarlos todos, meterlos en una bolsa de basura y quemarlos. Realmente empiezo a creer que no debí ofrecerme para suplir a Rebeca, pero resulta ser la oportunidad perfecta para joder a la pequeña creída-amante-de-las-reglas que por poco hace que todos mis años de universidad se vayan a la basura.

¿Cómo? Fácil. Me enviaron este año a observar las clases de francés que imparte esa bruja pelirroja, ella cada mes manda un informe sobre si de verdad estoy haciendo mi trabajo y si lo estoy haciendo bien. Mi profesor en la universidad lee los informes y con eso me va poniendo mi nota para graduarme a final de año y por fin poder trabajar como profesor.

El problema está en que, desde el día en que me presenté en el colegio para pedir realizar las observaciones, esa vieja prácticamente me acorraló cuando ya me iba y me dejó claras las cosas: sexo cuando ella quiera y si a mí se me daba la regalada gana podría ni siquiera ir a ver las clases porque igual ella me pondría que lo hago excelente. Obviamente, no me quedó de otra que aceptar para que no me jodiera, cosa que iba a hacer si no le hacía caso.

El pequeño angelito de Madeline Cascadas tuvo que venir a descubrírnos en uno de nuestros «encuentros» e ir a decirle a la directora. Si esta le hubiera creído tengan más que claro que yo me hubiera despedido de mi carrera en un abrir y cerrar de ojos. Ella no tendría que haber hecho lo que hizo y por eso tengo estas infinitas ganas de vengarme —o hacer justicia, como le quieran decir— de esta niña que parece tan inocente y delicada. Gracias a ella misma pude descubrir su punto débil que es, y cito: «Las calificaciones son lo más importante en mi vida. Para mí no hay nada más: es lo primordial». Así que la idea es dañar sus malditas notas como casi hace ella con las mías. Lo mejor es que, comportándose como lo está haciendo últimamente, me está poniendo sus promedios en bandeja de plata.

Suspirando con cansancio me pongo de pie y comienzo a mover mis agarrotados hombros en círculos mientras estiro el cuello. Estoy más que estresado. No me vendría mal un poco de ejercicio que siempre me hace sentir mejor. Me cambio mi pantalón de jeans por uno de chándal, me quito las medias y los zapatos y me deshago de la camiseta dejando mi pecho al aire libre; se pueden apreciar los abdominales y pectorales bien trabajados y el tatuaje en tinta negra que tengo en la cintura, «Danger». Me lo hice hace unos años y, según las mujeres con las que me he acostado, es tremendamente sexy y erótico, yo qué sé.

Salgo de mi habitación y entro a la contigua a esta donde tengo mi gimnasio personal. En realidad, es una habitación bastante grande con una curiosa pared de cristal que tiene vista hacia la gran ciudad con una de las autopistas más transitadas del país a mis pies. Sé que no debería venir a hacer ejercicio sin camiseta donde cualquiera que vea hacia arriba puede verme; pero, no he escuchado muchas quejas al respecto. Tomo una de las mancuernas amontonadas en una de las esquinas y comienzo a flexionar mi brazo derecho de arriba hacia abajo mientras veo mi músculo

contraerse y luego relajarse. Luego de unos minutos cambio la mancuerna al otro brazo y repito el mismo movimiento. No sé por qué, pero esto parece relajarme.

Dejo las mancuernas un rato después para acercarme a la mesa donde tengo las pesas y comenzar con el movimiento: arriba, abajo, arriba, abajo... Minutos más tarde ya siento las gotas de sudor que me caen de la frente y las que crean su camino por mis abdominales y brazos. Cada vez siento más cansancio y necesito emplear más fuerza para subir la pesa pero no me rindo. Resoplo pausadamente.

Escucho la puerta de entrada abrirse y luego cerrarse de un estruendoso portazo y sé que mi infierno personal por fin llegó. Me levanto y dejo la pesa en su lugar, tomo la toalla que está convenientemente colgada en un perchero cerca de la puerta y me la pongo en el cuello para salir.

—Te llamé hace una hora, ¿dónde estabas? —pregunto al chico desparramado en el sofá que está viendo televisión mientras yo paso a la cocina y cojo una botella de agua.

—Estaba a punto de tirarme a una chica. Me jodiste la tarde, ¿sabes? —reclama, mientras yo me siento en el sillón marrón individual frente a él y doy un muy largo trago.

—Llamaron tus padres en la mañana, pensé que te interesaría saberlo. —Tomo una esquina de la toalla, me seco la gota de sudor que viene bajando de mi frente y seguido dejo la botella en la mesa de madera que está entre los dos sofás—. Ellos quieren saber de ti.

—No me interesa —responde brusco y se pone de pie para escapar a su habitación.

Desde hace unos meses mi primo está viviendo conmigo porque estaba metido en muchos problemas: alcohol, chicas, bandas e, incluso, mis tíos creían que en drogas. Decidieron que

lo mejor sería mandarlo a un exilio por aquí y que su primo se lo aguantara. Lindo, ¿verdad? Ustedes no tienen que convivir con él y sus malditos caprichos adolescentes. Hasta ahora no me ha dado más problemas que el hecho de andar de chica en chica pero eso no se lo reprocho porque yo soy igual o peor.

Paso a su habitación con autoridad y me planto en el umbral mientras lo observo tirado en su cama mirando fijamente el techo.

—Josh, ellos te quieren, sabes que es tu culpa que te mandaran aquí.

—Sí, sí, sí. Mejor cállate que no me interesa y a ti tampoco debería.

Suspiro. Siempre es igual y aún no me acostumbro a tener a un muchachito —aunque yo solo sea cuatro años mayor que él— a mi cuidado.

—Al parecer te he jodido una buena follada, ¿no? Mira tu humor —cambio de tema y cierro la puerta.

Me siento en el borde de su cama aún sin camiseta y oliendo a Dios sabrá qué.

—Es una chica que me presentó mi amigo Alex. Llevaba varios meses intentando llevarla a la cama y, cuando creo que lo voy a conseguir, vienes tú y me llamas para volver a casa. De verdad gracias, Max.

—¿Tan buena estaba? —pregunto divertido. Este es el único tema del que podemos hablar sin discutir. Terreno seguro.

—Estaba aceptable. Se llama Mariela y el asunto es que una compañera de mi colegio, Kate, me retó a que no conseguiría tener sexo con ella.

—Pues, lamento joderte la apuesta. Tarde o temprano lo lograrás.

Resopla.

—Eso dices tú que eres el gran Maximilian Kersey, ¡las chicas besan el suelo por donde caminas! Para todos no es igual de fácil, hermano.

—No todas... —comento distraídamente mientras vuela a mi mente la imagen de la hermosa castaña de la que me quiero vengar—. Bueno, pero podemos hacer algo: vamos hoy en la noche al antro y disfrutamos un rato —propongo con una sonrisa lobuna a lo que él se sienta de golpe en la cama.

—¿Tú invitas los tragos?

—Claro, da igual. Pero no te pases de copas.

—¡Bien, gracias, primito! —se levanta de la cama y va a por su teléfono—. Invitaré a Mariela para que vaya conmigo, tal vez hoy lo consiga. También invitaré a esas amigas tuyas, con suerte tengo dos por uno esta noche.

—Bien, y oye..., ¿podrías invitar también a esa chica compañera tuya?—¿Laura? —pregunta Josh con picardía y asiento—. ¿Quieres acción, Max? ¿No es un poco menor para ti?

La verdad es que impartir clases solo a mujeres y que además te coqueteen, al igual que algunas maestras, produce efectos en mí aunque haga un esfuerzo inhumano para que no se note.

—Da igual, es solo un buen sexo —me encojo de hombros.





Madeline

—¿Acaso estabas coqueteando con mi retrete? —pregunta Lizzie burlona y las otras dos se echan a reír.

Estamos en la casa de Elizabeth desde hace un par de horas y Mariela llegó hace unos minutos luego de que Josh se tuviera que ir a mitad del paseo porque su primo le pidió volver a casa. Ya le contamos lo que sucedió en el centro comercial con las del Monteur, a lo que ella reprochó: «¡Me hubiera encantado estar allí! ¡Demonios, les hubiera dicho hasta de qué se iban a morir!» y nos echamos a reír. Luego empezamos a discutir sobre Josh: yo mantengo que el chico me da mala espina pero al final ganó la mayoría.

Hay que darle una oportunidad, según ellas.

—¿Es que una chica no puede ir al baño tranquila? —reclamo y tomo el primer zapato que encuentro tirado en el suelo y se lo arrojé en la cara a Mariela que se ríe a carcajadas.

—Bueno, bueno, ya —divertida, trato de aplacar las risas de las chicas—. Entonces, ¿cómo quedamos?

—Mariela seguirá saliendo con él... —comienza Felicia.

—...pero si se le ocurre propasarse conmigo... —sigue Mari.

—...le pego una patada en el culo —finaliza Elizabeth con una sonrisa maliciosa.

—¡Liz! —regaño, pero nos empezamos a reír de nuevo; ella tenía que salir con eso—. Igualmente, si ese chico intenta

proposarse con Mariela muy rápido seré yo la que le pegue una patada pero en los huevos. —Felicia chilla y se acuesta en la cama mientras ríe y Elizabeth aplaude.

—¡Pero si yo pagaría por ver eso! —exclama la última.

El coro de la canción *S&M* de Rihanna se escucha proveniente de algún lugar en la cama y dejamos de reír.

—¡Demonios, mi celular! —grita Mariela y todas nos levantamos porque ella empieza a arrojar las almohadas y sábanas de Elizabeth al suelo con desesperación, hasta que lo encuentra en una esquina y se arroja a por él.

—¡Estúpida, ahora me acomodas la cama de nuevo! —gruñe Liz.

—¿Diga? —responde Mariela el celular—. ¡Oh...!, claro. Sí, sería genial. ¿A qué hora? Les preguntaré. —Ella tapa el micrófono del teléfono y se dirige a nosotras—. Dice Josh que si quieren ir al antro hoy en la noche. Irá su primo.

—¡Sí! —gritan Elizabeth y Felicia al mismo tiempo.

—No —sentencio, cruzándome de brazos.

—Les encantaría... —acepta Mariela y yo gruño—. Bien, nos vemos allí. Igual, un beso —por fin cuelga y mira un momento la pantalla de su teléfono—. ¡Chicas son las siete treinta y quieren vernos a las ocho!

—¡Oh, mierda! —grita Felicia—, no nos da tiempo de ir a casa a cambiarnos Lizzie, ¿nos prestarías ropa?

—¡Por allí está mi armario! —lo señala y las tres corren una maratón hasta él, lo abren y comienzan a arrojar ropa hacia todos lados.

Una blusa me cae en la cabeza y la sacudo para que caiga al suelo.

—Chicas, yo no iré.

Dejan lo que estaban haciendo y se vuelven al mismo tiempo mientras me dirigen miradas asesinas. Qué miedo, de verdad, si las vieran...

—Vas a ir —sentencia Elizabeth.

—Já, no.

—Madeline Cascadas, tú vas a ir aunque tengamos que sacarte entre Lizzie y yo del pelo —advierte Felicia.

—¿Dónde está? —grito debido al excesivo volumen de la música.

Al final estamos aquí. Es un antro donde podemos pasar sin importar la edad pero solo le permiten beber a los mayores de 18 años; uno de los más populares al que la gente llega a borbotones. Los cuerpos se mueven al ritmo de la música mientras se rozan unos a otros y el montón de luces de colores iluminan la pista. Esto es una locura. El ambiente es una mezcla de calor corporal, estática y frenesí. No sé si la humedad de mi piel es realmente mía o de alguien que rocé al pasar. Es como si el alto volumen no me permitiera escuchar más allá, como si ese zumbido en el tímpano indicara que me están dejando sorda, pero al mismo tiempo percibo perfectamente cada ecualización y variación de sonido por uno más enérgico u otro más electrizante. Ya siento que me ahogo y apenas he puesto pie aquí.

Me chantajearon hasta que lograron que me pusiera un vestido de Lizzie: muy tallado, me llega un poco más arriba de la mitad del muslo, morado de lentejuelas y con un sugerente escote a la vista. Acompañado con unos tacones negros de aguja con los que creo que me voy a matar en cualquier momento. A regañadientes dejé que me plancharan mi largo cabello castaño y me maquillaran. Según Mariela me veo «tremendamente sexy»

y según Lizzie «me llevaré a un tipo a casa esta noche». Ni en un millón de años ninguna de las dos.

—¡Ya lo busco! —grita Mariela y se pone de puntillas para ver sobre las cabezas—. ¡Allá! —señala al enano que está hablando en la barra de bebidas con un chico alto que está de espalda.

—¡Vamos, que si el primo está igual o más guapo que él yo me lo tiro hoy! —Tenía que ser Lizzie provocando que todas riamos.

Me cuesta atrocidades poder caminar con estas bestias negras sin que se me doble el tobillo, y es aún peor con tanta gente batiéndose como loca en la pista ya que chocan conmigo y me desestabilizan. Mariela nos guía a través de la multitud, ella vino con una falda corta negra y una blusa del mismo color con espalda de encaje y plataformas plateadas en los pies. Le sigue Felicia con un vestido negro que le resalta las curvas y, según ella, le «hace más apetecible el trasero». Elizabeth está caminando frente a mí con un vestido precioso color rojo pasión muy ajustado al cuerpo en el que se ve fenomenal. Ella se ve, ¿cómo dijo?, ¡ya! Se ve como una-chica-por-la-cual-bajarías-al-infierno-sin-pensarlo-dos-veces-solo-por-tener-el-placer-de-mirarla.

—Te juro que si me mato con tus tacones satánicos tú me pagarás el hospital —le digo en el oído a Lizzie mientras apoyo mi mano en su hombro al caminar.

—¿Sientes que te vas a caer?

—No siento, estoy a punto.

—¿No quieres que te dé un empujoncito para que te caigas más rápido?

Reímos, pero de repente paramos nuestro recorrido. Felicia se detiene de golpe por lo que Elizabeth choca con su espalda casi cayéndose y, como me apoyo en el hombro de Liz, casi me voy al suelo yo también.

—¡Eh! ¿Qué pasó?

Extrañadas nos escabullimos entre los cuerpos sudorosos — esto es repugnante— y nos encontramos a Mariela y Felicia detenidas en una esquina de la pista de baile mientras hablan con... ¿Alex? Sí, debe ser él: alto, tez blanca y cabello oscuro peinado hacia arriba. No muy musculoso que digamos, pero tiene buen cuerpo. No es feo y a la mayoría le parece algo atractivo.

Es la segunda persona en mi lista negra. Este chico es lo que yo llamo un acosador-maniático-escalofriante. Además de ser el primo de Mariela, yo lo conocí cuando hicimos cuarto, quinto y sexto año de primaria juntos. Éramos amigos hasta que, a inicios de sexto, le picó algún bicho raro y me confesó su «amor» y que quería que fuera su novia.

Inmediatamente le respondí, y no de muy positiva manera, que no me gustaba, que no quería novio ni lo querría jamás, que nunca lo besaría —que estoy segura de que quería que lo hiciera—, porque me daba asco el intercambio de saliva y le recordé que yo iría el año siguiente a un colegio solo de mujeres y «lo nuestro» nunca se podría hacer realidad.

Por un oído le entró y por otro le salió, porque siguió insistiendo; me mandaba mensajes y me llamaba a cada momento así que cambié de número; empezó con los mensajes al Facebook y lo bloqueé, pero él se creó otro y lo tuve que bloquear unas cuatro o cinco veces más; me mandaba a decir cosas con los amigos que teníamos en común, aunque yo le explicara que en realidad no quería saber *nada de nada* sobre él y que me dejara en paz.

Siguió amargándome la vida con su insistencia y empecé a comportarme hostil y brusca con él. Di gracias a Dios cuando entré a primer año en el colegio y nos mudamos de casa: ¡no más Alex! Luego de conocer a Mariela, para mi jodida suerte, me di cuenta de que eran primos, pero lo pasé por alto; realmente no quería tener nada que ver con él y lo ignoraría porque de verdad me agradaba Mari.

Y, bueno, he nos aquí, encontrándonos luego de más de cuatro años. No está nada cambiado, es fácil reconocerlo ya que solo creció de estatura.

—Alex —murmuro entre dientes como «saludo».

No me ha hablado y ya quiero salir corriendo.

Separa su mirada de Mariela para observarme a mí y abre los ojos desmesuradamente mientras me recorre sin pudor alguno con la mirada. *Un tarrito para la baba por aquí, por favor...*, pienso con molestia.

—¿Maddie? —pregunta incrédulo y sonrío. Luego me estrecha entre sus brazos pero yo no le correspondo—. ¡Qué alegría verte! ¡Estás guapísima!

—Soy la misma de siempre... —susurro bajito luego de hacer que me suelte.

—Bueno, dejémonos de reencuentros —espetea una irritada Mariela. Al parecer, no soy la única a la que le desagrada la presencia de Alex en el antro—. ¿Qué estás haciendo aquí, justamente hoy, en este momento?

—Josh me invitó, primita —responde encogiéndose de hombros con una sonrisa de victoria—. También es mi amigo, no solo el tuyo. Pero tranquila, nos vamos a divertir.

Ahora el tal Josh está en mi lista negra también.

—¡Ey, llegaron! Las estábamos esperando —y hablando del rey de Roma—. Bueno, vamos, con mi primo conseguimos una mesa. Tienen que conocerlo. —Toma a Mariela de la mano para guiarla y los demás los seguimos desde atrás.

Elizabeth y Felicia se ponen a mi lado mientras caminamos entre las personas. Cuando las conocí les conté la historia con Alexander, así que ya deben imaginarse cómo estoy.

—Me jodieron la hora, noche y semana —espeto.

—Tranquila, Mad, ya nada puede ser peor —me reconforta Liz con una sonrisa mientras seguimos caminando.

Por fin llegamos a la redonda y pequeña mesa plateada rodeada por sillones de color rojo. Hay un chico sentado en uno de ellos con una chica encima mientras se comen la boca. La chica está de espalda a nosotros y el joven está tan hundido en el beso que no se le ve bien la cara. Ambos se devoran ferozmente mientras que el chico le acaricia el muslo subiéndole el —de por sí ya diminuto— vestido. ¿Se habrán dado cuenta de que estamos en un antro y no un motel?

—Primo... —Josh se aclara incómodo la garganta mientras sostiene la mano de Mari—, deja a tu cita un minuto y permíteme presentarte a Mariela y sus amigas.

El tipo suelta un gruñido y levanta un poco la cabeza. Reconozco los ojos azules, reconozco los perfectos labios, reconozco el semblante estricto... Deben de estarme jodiendo. El aire abandona mis pulmones de golpe como si me hubieran pegado una patada, se me desencaja la quijada y abro los ojos como platos. ¿De verdad es él?

Sus ojos me recorren de arriba a abajo sin poder creerlo y luego hacen lo mismo con mis amigas, que están en un estado de shock casi o más grande que el mío. Yo pagaría por ver nuestras caras ahora, deben de estar de película. Dirijo mi mirada a la chica y, para hacer mejor el chiste, tenía que ser la maldita de Laura. *Genial, solo eso nos faltaba.* Ella mira la escena sin entender nada y a nosotras con asco.

Luego de unos segundos de análisis, todos comenzamos a gritar preguntas al mismo tiempo:

—¿Ustedes son primos? —logra balbucear Elizabeth, señalándoles.

—¿Sales con una de mis estudiantes? —exclama un pálido Maximilian.

—¿Les das clases? —a Josh se le va el color de la cara.

—¿Tu cita es Laura? —chilla Felicia con indignación.

—¿Sales con el primo de Josh? —le grita de repente Alex a Laura.

—¡Alex! ¿Qué demonios haces aquí? —pregunta ella desde las piernas de Max.

—Creo que me voy a desmayar... —susurra Mariela.

—¿Esto podría ponerse mejor? —exclamo al borde de un colapso nervioso.

Dos canciones. Dos canciones han pasado ya en la disco y nadie dice una palabra, nadie mueve un músculo y nadie deja de mirarse. ¡Pero si es que esto parece de película! Nuestros rostros desencajados que expresan intensas mezclas de emociones dentro de las cuales caben destacar: confusión, incredulidad, enojo, irritación, asombro y, por parte mía totalmente, ganas de patearles el trasero a todos los presentes.

Simplemente no consigo asimilar tanta información de un solo tirón. No quiero tener que admitirme a mí misma lo que de por sí ya es evidente: Josh es primo de Max, nuestro maestro suplente. Por eso el aire familiar y la mala espina que destiló cuando lo conocí, características de su primito. Max sale con Laura, no sé de dónde se conocen, no sé si serán novios, pero sí que estaban a punto de tener sexo en el sillón hasta que los interrumpimos. Laura —la maldita a la que no soportamos mis amigas y menos yo— tiene algo que ver con Alex. Claro que se conocen porque estudian en el mismo colegio pero, al parecer, Alex no estaba enterado de que Laurita tiene «algo» con Max y, más que sorprendido, parecía molesto, aunque de toda la situación, eso es lo que menos me importa.

Siento que me palpita la cabeza y no sé si será por la música o por el asombro que tengo. Parece un tambor y me empieza a

doler la parte de atrás del cráneo. Comienzo a inhalar y exhalar extremadamente lento varias veces sin dejar de observarlos a todos.

Max hace minutos echó a Laura de sus piernas y ahora ella está sentada en otro sillón rojo a su lado. Kersey sigue observando detenidamente a cada persona con su típica intensidad que incomoda a cualquiera; Josh sigue pálido al igual que Mariela y no sé cual de los dos se irá al piso primero, aunque le apuesto a Josh porque parece que hasta va a vomitar. ¿Tanto le afecta que nos conozcamos? Felicia y Elizabeth se dirigen miradas asesinas con Laurita, mientras que Alex no sabe dónde meterse y yo simplemente no sé qué demonios hacer: llorar, gritar, correr o huir.

De casualidad, alguien pasa a mi lado empujándome y hace que salga de mi transe. Sacudo la cabeza que aún late y suspiro con pesadez.

—Yo... —me aclaro la garganta y todos me miran atentamente como si hablar en este momento fuera un pecado—. Creo que iré a la barra por un jugo o algo..., no me siento muy bien. —Me giro antes de escuchar respuesta y camino hasta ella.

Tomo asiento en uno de los taburetes plateados con el ánimo más que arrastrado por el suelo, y apoyo los codos en la barra para esconder mi cara en las palmas de las manos: esto es demasiado para cualquiera en una noche.

—¿Quieres algo, linda? —Destapo mi rostro para ver al *barman* que seca un vaso con un paño blanco.

Si Elizabeth estuviese en mi lugar le estaría coqueteando. Está muy pero muy guapo: alto, rubio, de ojos azules brillantes y una sonrisa que, curiosamente, es muy cálida.

—Eh..., una Coca-Cola.

Me mira un momento con expresión divertida para luego soltar una carcajada que me hace esbozar una pequeña sonrisa.

—¿Vienes a un antro y pides una Coca-Cola?

—Soy menor de edad.

—¡Oh, claro...!, ya entiendo —asiente, para luego sonreír con los ojos iluminados—. Dame un minuto, linda.

Me vuelvo a tapar el rostro mientras escucho que se mueve de un lado al otro detrás de la barra. ¿Qué tanto busca para darme una gaseosa?

—Maddie, amiga... —la poco usual apenada voz de Felicia se escucha a mi lado mientras apoya su mano en mi hombro—, todos estamos sorprendidos, tranquila.

—En serio nadie tenía idea de que todos teníamos amigos en común —ahora es Liz hablando—, pero aun así no debemos dejar que la sorpresa y la incomodidad nos arruinen la noche. Cuando te fuiste, quedamos en que olvidaremos las molestias y disfrutaremos si fuésemos solo adolescentes en un antro.

Suspirando, muevo las manos de mi rostro y las miro con frustración evidente.

—Será demasiado raro bailar cuando tienes a tu profesor a unos metros.

—Obviamente —concuerta Felicia, que apoya su peso en la barra mientras me mira de frente—, pero no vamos a dejar que, la primera vez que podemos arreglarte y ponerte sexy, no aproveches y bailes. Además, también decidimos que hoy haremos como si no tuviéramos conflictos unos con otros y como si todos fuéramos amigos que quieren pasarla bien.

—¿Se drogaron o qué?

—Vamos a bailar, que si no lo haces sería un desperdicio de maquillaje, Mad, y está muy caro —Lizzie me hace reír un poco y ella sonrío.

—No bailo muy bien que digamos...

—¡Vamos, no importa! Hay que disfrutar la juventud y tú tienes que dejar de ser un adulto. Ahora, ¡vamos! —Felicia me toma de la mano y me levanto del taburete.

—¡Ey, tu bebida! —la voz del barman me hace pararme de inmediato y voltear a verlo.

—Yo tomaré su bebida. —¡No jodan! ¿Así o más rápida? ¿Por lo menos lo habrá visto bien?—. Soy Elizabeth —sonríe coquetamente mi amiga mientras se sienta en un taburete y toma el vaso con soda.

—Hola, linda, soy Nicolás —sonríe con ternura. Creo que demasiado para la pervertida de Liz.

—Aquí vamos sobrando... —me susurra Felicia para yo reír bajito y que corramos hasta el centro de la pista de baile donde está la verdadera fiesta.

Nos paramos una frente a la otra con los demás cuerpos moviéndose a nuestro alrededor al ritmo de las canciones de David Guetta y comenzamos a mover la cadera de un lado a otro mientras mantenemos los brazos alzados y nuestro cabello revolotea. Luego comenzamos a saltar como las demás personas mientras gritamos con las manos arriba y, en una oportunidad, la estúpida de mi amiga cae muy adelante cuando salta y me hace inclinarme hacia atrás debido a los tacones del diablo.

Siento como si me fuese a tirar de espaldas desde un gran edificio —lo sé, una exageración, pero los tacones realmente son muy altos—, pero gracias a Dios unos brazos fuertes me atrapan antes de tocar el suelo de la disco y ser pisoteada por los que bailan. Esa persona me ayuda a ponerme recta nuevamente para luego, sorprendiéndome, enrollar sus brazos en mi cintura y atraerme firmemente a su gran pecho sin dejar espacio entre nuestras anatomías.

—¿Bailas conmigo, angelito? —me susurran lentamente al oído, haciendo que se me ericen los vellos ya que sus labios rozan mi cuello—. Debo admitir que te ves jodidamente caliente con este vestido.

Bueno, si en el momento en que se descubrió la verdad yo estaba impactada, ahora mismo mi rostro debe estar de película para Golden Globes. Simplemente no quiero aceptar que el chico..., bueno, que el hombre que tengo detrás de mí, con su pecho musculoso chocando contra mi espalda y que envuelve mi cuerpo con sus trabajados brazos, sea el mismo hombre con el que recibiré clases durante varios meses. Que la respiración caliente y lenta que choca contra mi cuello sea de esa persona que me ha amenazado tanto..., pero que aún no ha hecho nada.

—Vamos, cariño, te he estado observando por bastante tiempo y me tienes loco —sigue susurrando con una lentitud antinatural pero suena demasiado provocador—. Baila conmigo

En ese momento entiendo que no estoy soñando y él en verdad quiere que dancemos juntos, ¿muy juntos? No lo sé ni me interesa. Me vuelvo lentamente hasta que estamos frente a frente pero él en ningún momento desenrolla sus brazos de mi cintura y, más bien, me atrae más hacia su cuerpo. Ahora que lo observo bien puedo, a regañadientes, admitir lo guapo que se ve con esa camisa roja, la chaqueta, los jeans negros y su cabello alborotado, pero que le queda perfecto

—No bailaré con usted —respondo cortante, pero fuerte por la música que sigue a nuestro alrededor—. ¡Es mi profesor!

—Todos quedamos en que haríamos como si solo fuéramos adolescentes normales en un antro y, cuando yo veo unas piernas preciosas y un escote exquisito, no dudo en venir a buscar a la chica que llama mi atención.

Nos miramos frente a frente gracias a mis tacones de cinco pisos. Yo amo sus ojos con locura, ¿quién no lo haría? Su azul es precioso y brillante pero, en este momento, están ensombrecidos por algo que no logro descifrar bien. ¿Es deseo? ¿Lujuria? De seguro Laura lo dejó con ganas.

—Lo siento, pero no me apetece que bailemos ni hoy, ni nunca. Fin de la historia —tercio quitando bruscamente sus brazos de mí.

Lo miro mal y él bufa. Alguien de la pista de baile me empuja por detrás, caigo redondita en sus brazos y estos me atrapan sin ningún problema. Resoplo con fastidio mientras rápidamente me incorporo para volver a mantener las distancias.

—Quiero bailar contigo, punto —me mira directamente y habla con su voz grave—, tan solo haz como si fuese cualquier otro tipo que te invita a bailar en la disco. —Como por tercera vez en una hora me vuelve a jalar con posesión hasta que se rozan nuestros cuerpos. Sin darme tiempo a irme, me aprieta fuerte contra él mientras esconde su rostro en mi cuello y me lo acaricia con su nariz, provocándome varios escalofríos. Con su fuerza es más que suficiente para hacernos mover a ambos de un lado a otro al ritmo de *Sexy Bitch*.

Pero, ¿cómo es posible? ¿Cree que al primer estúpido mujeriego como él que me pide que bailemos en un antro, me le tiro encima y hasta le hago un *striptease*?

—¿Quieres que te trate como a cualquier tipo que se mete conmigo en la disco? —pregunto con brusquedad y con toda mi fuerza me hago hacia atrás hasta que ya no me toca. Me armo de todo el valor del jodido mundo para decirle esto a la persona que me dará Francés el lunes—: Mira, grandísimo imbécil, ¡yo no soy una cualquiera como con las que te acuestas todas las noches! —grito con furia, él abre un poco los ojos de sorpresa y se pone serio—. ¡A mí me respetas, maldición! ¡Nunca vuelvas a insinuar que soy una zorra!

—¡No me ha...! —empieza mientras me mira con fiereza.

—¡Que te jodan! —interrumpo con un último grito y me escabullo echando humo entre las personas hasta salir de la pista de baile.

Las manos hechas puños a mis costados y los dientes apretados hasta casi pensar que se pueden romper, son signos de mis pequeñas —tan pequeñas como el Taj Mahal— ganas de asesinarlo. Mi dignidad es, creo, mi virtud principal y este viene y me insinúa que... ¡Demonios, pero si hasta soy virgen!

Con cuidado de no matarme, llego a los sillones donde Mari y Josh conversan muy acaramelados mientras Alex y Laura se dan miradas retadoras. Bufando, me siento en uno que está vacío y cruzo los brazos en mi pecho ignorando olímpicamente a los demás. Lo de llevarnos todos bien es una mentira.

Minutos después, llega hasta nosotros un Maximilian Kersey McClane con mirada de quítense-que-mato-al-primer-hijo-de-puta-que-me-encuentre. *¿Le molestó lo que le dije? Genial.*

—Laura —llama entre dientes haciendo que la susodicha lo mire de inmediato, al igual que los demás—, vamos a mi auto ¡ya! —gruñe señalando la salida del antro.

Ella se levanta con algo de confusión pero obediente se va con él.

—¿Qué le pasó? —escucho a Mariela preguntarle a Josh en el sillón que está frente al mío.

—Está que se lo lleva el diablo. Se nota a leguas, quién sabe ahora por qué.

—¿Para qué necesitaba a Laura en el auto? —pregunta mi amiga con el ceño fruncido.

—Cuando mi primo se enoja así lo único que logra calmarlo es una buena follada —responde Josh con naturalidad, pero Mariela abre los ojos exageradamente para luego ruborizarse.

—... ¡y me tiró una olla a la cara! —sigue contando Alex y las risas se empiezan a escuchar inmediatamente.

Ya me encuentro de un ánimo muchísimo mejor que hace una hora gracias a lo simpático que es mi acosador. Eso me encantaba de él cuando éramos amigos. Lizzie y Felicia vinieron a los sillones hace rato y comenzamos a tomar y contar anécdotas para pasar la noche. Le dije a mi mamá que dormiré con Mariela luego de que salgamos de la disco y me dio permiso, por lo que no tengo prisa para irme de aquí. En verdad la estoy pasando bien, pero los momentos tranquilos nunca duran.

—¡Ya volvimos! —chilla Laura casi colgándose del brazo de un todavía enojado Max. ¿Para él no estuvo tan bueno el sexo en el asiento trasero?

—Felicidades —gruñe Felicia con desprecio.

—¡Oigan! —vuelve a tratar de llamar nuestra atención la zo... Laura—. ¿Qué tal si seguimos la diversión en mi casa? —propone entusiasmada.

—¿Estás bromeando? —Lizzie bufa.

—¡En serio! Vamos, podemos hacer como una mini-fiesta privada. Mis padres están de viaje.

Puede que estemos tratando de llevarnos todos bien pero jodidamente *no es para tanto*.

—Bueno, creo que no suena mal —dice de repente Felicia.

—Sería bueno ir a la casa de Laurita —asiente Lizzie con sonrisa maliciosa, y Mari y yo nos miramos al mismo tiempo con la boca abierta.

¿Estas qué planean hacer?

—¡Bien! —exclama Laura al lado de Max, quien no ha dicho una palabra desde que llegó—. Está decidido, todos iremos a mi casa esta noche. También les diré a Shey y Kate que lleguen.

—¡Perfecto! —contestan las diabólicas al mismo tiempo.

